

**La misa
dominical,
paso a paso**

Centre de Pastoral
Litúrgica

JOSEP LLIGADAS
JOAQUIM GOMIS

P. Salvador Macaya G.
AGUSTINO RECOLETO

LA MISA DOMINICAL, PASO A PASO

Para revisar y mejorar la celebración de las misas dominicales

dossiers cpl
16

CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Rivadeneyra, 6. 7. 08002 BARCELONA

Este dossier ha sido preparado por Josep Lligadas con la colaboración de Joaquim Gomis.

Su finalidad es ayudar a un "repaso" de cómo celebramos las misas dominicales. Un repaso que convendría que hicieran todos los que intervienen (presidente, ministros, cantores, etc.). Este dossier está especialmente pensado como guión de trabajo para equipos de liturgia, reuniones de sacerdotes, etc.

El lector y los usuarios de este dossier será conveniente que distingan entre lo que es "norma" litúrgica o principios básicos de toda acción litúrgica (aquello que merece por parte de todos una valoración especial), de aquello que es simple opinión de los autores de este dossier (y que, por consiguiente, es evidentemente discutible). Los autores quisieran que quedara constancia que a menudo han expuesto sugerencias y opiniones sin pretensión alguna de "norma", sino simplemente como una posible ayuda a la reflexión común. Y, sobre todo, al trabajo en común para mejorar nuestras celebraciones.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin autorización escrita de la editorial.

Primera edición: noviembre de 1982

Segunda edición: marzo de 1984

Tercera edición: febrero de 1986

Cuarta edición: mayo de 1988

Quinta edición: diciembre de 1991

(actualizada según la nueva edición del Misal)

Sexta edición: abril de 1995

Séptima edición: junio de 1998

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica

ISBN: 84-7467-107-8

D.L.: B. 29.595-98

Imp.: Multitext, S.L.

SUMARIO

INTRODUCCION

Celebrar la Eucaristía	5
El "problema" de la celebración	6
Leer el misal y el leccionario	8
Este dossier	9

ALGUNAS CUESTIONES PREVIAS

Cada celebración es distinta	11
Repetición y novedad	12
Solemnizar	12
Cada día es distinto	14
El canto	14
Los actores de la celebración	16
Las pausas	17
Los lugares, los objetos, la preparación	18

RITOS INICIALES

El sentido	21
Paso a paso	
Empezar	22
El canto de entrada y la llegada de los ministros	22
Saludo	23
Monición de entrada	24
Mirar a la asamblea	24
El acto penitencial y los kyries	25
Gloria	27
Colecta	27

LITURGIA DE LA PALABRA

El sentido	
La Liturgia de la Palabra	29
Las lecturas	30
¿Hay que leer las tres lecturas?	31
¿Se pueden sustituir las lecturas?	32
Leer textos de otros autores	32
Paso a paso	
Observaciones generales	33
Las moniciones	34
Al iniciar un ciclo del leccionario	34
Las lecturas	35
Cuando los micrófonos no están bien colocados	36
Siete consejos para un buen lector	37
Salmo responsorial	38
Evangelio	39
La homilía	40
Profesión de fe	43
La oración de los fieles	44
Plegarias espontáneas	44

LITURGIA DE LA EUCARISTIA	47
I A PREPARACION DE LAS OFRENDAS	
El sentido	49
Paso a paso	
Preparar el altar y las ofrendas	49
<i>La importancia de los ministros</i>	50
<i>La colecta</i>	51
El pan, el vino y los vasos	52
<i>El lavabo</i>	52
<i>La distribución de los elementos sobre el altar</i>	53
El silencio, el canto y las palabras	54
LA PLEGARIA EUCARISTICA	
El sentido	
La plegaria eucarística	57
Los diferentes pasos de la plegaria eucarística	57
<i>Una plegaria presidencial</i>	58
¿Qué plegaria eucarística?	60
<i>Inventar la plegaria eucarística</i>	61
Paso a paso	
Observaciones generales	62
El paso de la preparación a la plegaria eucarística	63
Prefacio	64
Sanctus	65
La transición y la epiclesis	65
<i>¿Hay que arrodillarse en la consagración?</i>	65
<i>¿Partir el pan durante el relato de la cena?</i>	66
El relato de la cena	66
Anámnesis, segunda epiclesis, intercesiones	67
Doxología	67
LA COMUNION	
El sentido	69
Paso a paso	
El padrenuestro	71
Gesto de paz	71
El cordero de Dios y el canto de paz	72
La fracción del pan	73
Comunión	74
<i>La comunión en la boca</i>	75
Al terminar la comunión	77
RITO DE CONCLUSION	
El sentido	79
Paso a paso	
Avisos	80
La bendición	80
La despedida	81
El canto final	81
La marcha del celebrante y los ministros	82
APENDICES: Sugerencias para la misa diaria; y Para ampliar	83

INTRODUCCION

Celebrar la Eucaristía

Todos los domingos, desde los tiempos apostólicos, la Iglesia es convocada para celebrar la Eucaristía. Todos los domingos, los cristianos somos llamados a escuchar la palabra y compartir la mesa, recordando la Pascua del Señor.

No es cuestión de preceptos. No vamos a misa los domingos "porque está mandado". Mal motivo sería éste... Más bien se trata de lo contrario: el "precepto dominical" es la manera como se formuló jurídicamente (en una época en que todo se formulaba jurídicamente) algo mucho más profundo e importante. Y es que desde el inicio, aunque las formas de plegaria, las formas de organización eclesial, las formas de transmisión de la fe han ido cambiando y seguirán cambiando en el futuro, sin embargo ha habido algo que se ha mantenido constantemente: el reunirse cada domingo para la fracción del pan, para la Eucaristía. Cada domingo se da esta convocatoria. Es el signo distintivo de los cristianos.

Los cristianos, todos los días, en todos los pasos de nuestra vida, intentamos ser fieles al Evangelio. Queremos que el Reino de Dios se manifieste cada día entre los hombres, queremos ser solidarios y luchamos por una vida más digna para todos, queremos poner amor a nuestro alrededor, queremos hacer realidad la fe que tenemos. Y ahí, en estos pasos de la vida de cada día, se comprueba y verifica si realmente nuestra fe es viva o sólo una palabra bonita que no compromete a nada.

Si no actuamos así, no tiene sentido llamarse cristiano. Pero no basta con eso. No nos basta con lo que nosotros vamos construyendo cada día. Porque la fe y la esperanza no las hemos inventado nosotros, sino que nos vienen de Jesucristo, de Dios. Por eso, todas las semanas, necesitamos reunirnos para escuchar unas palabras y compartir unos gestos que no los

hemos hecho nosotros, sino que nos vienen de lejos, de muy lejos. Unas palabras y unos gestos que nos unen como comunidad que comparte y cree en la misma salvación, que comparte y cree en el mismo don de gracia que nos llega del misterio de muerte y resurrección de Jesucristo, que comparte y cree en el mismo impulso hacia la vida total que Jesucristo promete y da.

Todos los domingos se nos convoca a compartir este encuentro comunitario, esta presencia de Jesucristo, esta fuerza de Dios presente en la lucha de cada día. No es, pues, cuestión de preceptos. Pero tampoco es, desde luego, algo de lo que haya que tener una necesidad sentimental. La convocatoria eucarística de todos los domingos no es sólo para cuando "siento la necesidad". No es un acto de devoción privada: es la convocatoria para todos los que compartimos la fe. Y la fe no es algo individual y privado: es algo colectivo, vivido en comunión con los demás.

Si un domingo uno no puede asistir a la convocatoria, ciertamente no pasa nada. Si según el ritmo espiritual de una persona llega un momento en que pasa una temporada sintiéndose muy poco inclinado a participar semanalmente de la Eucaristía (como les ocurre a veces, por ejemplo, a los adolescentes o jóvenes), probablemente tampoco es demasiado importante. Pero si un creyente quita todo el valor a esta convocatoria dominical, y se la toma sólo como un acto privado que puede hacer o no, y no se da cuenta de que es el momento semanal en que la comunidad cristiana se encuentra reunida, porque actualiza aquello que más visiblemente la identifica, entonces este creyente debe reflexionar y preguntarse si su fe es tan sólo un sentimiento individualista o si realmente comparte la fe de Jesucristo dentro de la comunidad de creyentes.

El "problema" de la celebración

La celebración de la Eucaristía ha pasado por distintos talantes a lo largo de los siglos. Con el concilio Vaticano II y la reforma litúrgica se han realizado cambios muy notables y se han redescubierto valores que habían quedado muy olvidados en los siglos anteriores. La lengua inteligible, la participación de los fieles, el sentimiento de comunidad, la mayor claridad de las partes de la celebración, la mayor captación de los signos y símbolos... Todo esto han sido cambios decisivos. Todo ello ha acercado la celebración eucarística a cada uno de los creyentes. Ya no es sólo un acto que el celebrante realiza y en el cual hay que creer, sino que es un acto que nos entra por los sentidos y a través del cual creemos.

Pero al mismo tiempo, esta mayor proximidad de la celebración ha puesto de relieve sus carencias y fallos. Las oraciones, los textos y las mismas lecturas tienen a menudo un lenguaje difícil y poco actual: hay un exceso de palabra y poco espacio para el silencio, para el signo gratuito, para

la creación de un clima de plegaria; los signos que se hacen resultan muchas veces difíciles de captar y por tanto resultan poco significativos... Y, en un nivel más profundo, el tono más comunitario de nuestras celebraciones nos hace sentir las muchas deficiencias de la comunidad cristiana y de cada uno de los que forman parte de ella: la débil fe, la vida cristiana poco comprometida, el escándalo de las diferencias económicas entre los que comparten la misma Eucaristía...

Esto es importante. Y sería necesario tener en cuenta, pues, lo siguiente:

— Hay que dar más calidad a nuestras celebraciones. No lo dudemos: pueden tener más de la que ahora tienen. Cada celebración y cada comunidad según su estilo y posibilidades, pero se puede y debe avanzar mucho. Este dossier, precisamente, quiere ayudar a ello. Pero más importante que lo que este dossier pueda decir, está la conciencia que cada celebrante y cada equipo de liturgia ha de tener de que es posible avanzar para hacer unas celebraciones más significativas. A pesar de que (hay que decirlo) la reforma litúrgica aún tendría mucho camino que hacer, y no siempre parece que quienes deberían promoverlo de hecho lo hagan (lo cual es una lástima pero no una excusa para los demás).

— Es necesario también dar más calidad a la vida cristiana: la de cada cristiano, y la de la comunidad entera. Quizá a alguien le parezca que eso tiene poco que ver con la liturgia, pero no es así en absoluto. Porque la celebración de la Eucaristía es la fuente y la culminación de la vida cristiana. La Eucaristía es el momento en que la vida de fidelidad al Evangelio que cada cristiano intenta llevar a cabo cada día se pone en contacto con la presencia sacramental de la plenitud de este Evangelio, Jesucristo. De manera que si la vida cristiana no funciona, tampoco puede funcionar la Eucaristía. Cuanto más seriamente se tome cada cristiano su compromiso en la vida y en el mundo al servicio del Evangelio, más intensa y valiosa podrá ser la celebración eucarística. Asimismo, cuanto más unida esté la comunidad cristiana respecto a este compromiso (atención: cuanto más unida esté respecto al compromiso, no cuanto más cómodos se encuentren todos dentro de la comunidad... porque lo de tener como objetivo hacer una comunidad donde sus miembros se encuentren muy cómodamente, puede convertirse en objetivo alienador).

Pero además de estas dos cosas, hay que tener en cuenta también otra muy importante.

Y es que la celebración de la fe, la celebración de la Eucaristía, nunca podrá ser algo claro y diáfano. La celebración de la Eucaristía siempre nos obligará a un salto, al salto de la fe. Por muchos textos significativos que pongamos, por muchos gestos nuevos que inventemos, por muy comunitario y bonito que resulte todo, en la Eucaristía siempre hay algo que no viene de nosotros sino que nos viene de fuera. Algo que es misterio, y que permanece como misterio. En la Eucaristía se nos invita a es-

cuchar una palabra escrita por alguien que no somos nosotros ni son nuestros conocidos, sino escrita por unos hombres que vivieron los momentos centrales de la fe y nos dejaron su testimonio. Y en la Eucaristía se nos reparte un pan y un vino ante el cual se nos invita a creer que hacen presente entre nosotros la entrega de Jesucristo.

Por eso, pues, si alguien pretende lograr una celebración que sea totalmente clara y no exija el salto de la fe, tropezará con la imposibilidad de realizar esta pretensión y quedará decepcionado. Por ello, pues, al mismo tiempo que uno se preocupa para que los gestos y las palabras sean cada vez más claros, actuales y significativos, y se preocupa para que la comunidad que celebra viva de verdad su fe, ha de tener presente siempre la distancia que hay entre el sacramento, el signo, y lo que el signo vehicula. El creyente ha de acercarse a la celebración (y los responsables de la celebración han de recordárselo y ayudarle) dispuesto a sumergirse en el misterio.

LEER EL MISAL Y EL LECCIONARIO

Este dossier ofrece un repaso de aspectos a tener en cuenta para una mejor celebración de nuestras eucaristías dominicales. Pero antes de leerlo (o después, lo mismo da) hay algo que todo presidente de celebración (e incluso todo responsable litúrgico) debería haber hecho. Se trata, simplemente, de leer el misal y el leccionario. En el sentido siguiente:

1. Leer la **Ordenación general del Misal Romano** y las **Normas universales sobre el año litúrgico y el calendario**, que se encuentran respectivamente en las páginas 23-94 y 95-112 del Misal romano. No son muchas páginas. Y ofrecen un conocimiento amplio de las ideas básicas y las posibilidades previstas para la celebración eucarística que conviene conocer.
2. Leer la **Ordenación general del leccionario de la misa**, que se encuentra en las primeras páginas de cualquiera de los leccionarios dominicales. Se halla también —con comentarios de J. Aldazábal— en el Dossier CPL 37 “La mesa de la Palabra”.
3. Repasar los varios textos y materiales que ofrecen el misal y el leccionario. O sea, sentarse de vez en cuando ante el misal, repasar los índices, pasar páginas, pararse en esas o aquellas oraciones, descubrir esta o aquella bendición... Para tener en cuenta, cuando sea necesario, todas las posibilidades que el misal ofrece y todas las que nos pueda sugerir. Y lo mismo con los leccionarios.

Porque, desgraciadamente, muchos celebrantes —“progres” o “carcas” o “normalicos”— no conocemos bien ni el misal ni el leccionario. Y, por ello, los usamos mal. O, por lo menos, dejamos de utilizarlos en la riqueza, variedad y propiedad que incluyen.

Este dossier

Este dossier quiere ayudar a que nuestras celebraciones sean de mayor calidad y más significativas. No pretende entrar en los problemas previos (no pretende reformar los textos y signos que tenemos y que quizás necesitarían reforma, ni pretende entrar en problemas de evangelización y catequesis). No porque no consideremos importantes estos problemas; simplemente porque no es este el lugar de tratarlos (aquellos de que quien mucho abarca poco aprieta).

La aplicación de todo lo que se dice en este dossier dependerá tanto del talante como de las posibilidades de cada comunidad y de cada celebración concreta. Pero ahí hay que andar con cuidado. Porque muy fácilmente podemos pensar o decir que ya se hace todo lo que se puede, porque en realidad no tenemos ganas de buscar nuevas posibilidades. Por ejemplo, ante una comunidad que no acostumbre a cantar, se puede optar por decir que hay que cantar poco, o intentar en cambio mejorar las posibilidades musicales de la comunidad en cuestión. Es necesario, pues, estar atentos, no hacer trampa.

Todo eso exige tomárselo en serio y considerarlo importante. Y por ejemplo, cada año, a principio de curso, reunirse los equipos responsables de cada celebración y ver qué se puede hacer y animarse a hacerlo.

Esperamos, pues, que las páginas que siguen sean útiles en este sentido. Y que puedan ser útiles también para alguna catequesis sobre las diferentes partes de la misa y su sentido (en alguna convocatoria hecha expresamente para ello, o incluso algún día en la homilía).

También quisiéramos añadir, para terminar, lo siguiente: este dossier está pensado para las asambleas dominicales amplias de las parroquias y comunidades. No se refiere, por tanto a los días laborales (para estos días véase el dossier de esta misma colección “La misa diaria. Sugerencias y material”). No está pensado tampoco para las misas peculiares, o de grupos reducidos, y otras asambleas por el estilo (en estas misas resulta más adecuado y conveniente adaptar de una manera especial los textos y los gestos, que resultarán significativos de un modo distinto que en una asamblea más amplia y heterogénea; en las misas dominicales, en cambio, es necesario mantener un tono más común y con no muchos “inventos” para que pueda ser de verdad una misa de todos; un tono más común, pero con fuerza, con calidad, aprovechando todas las posibilidades).

ALGUNAS CUESTIONES PREVIAS

Antes de empezar una celebración hay que tener en cuenta una extensa lista de cuestiones, tanto generales como concretas. A lo largo del repaso de cada parte de la celebración ya irán saliendo algunas. Aquí recogeremos unas cuantas que creemos previamente útiles. No como un pronuntario general sino, simplemente, como “algunas cuestiones”.

Cada celebración es distinta

Puesto que cada persona es distinta, y cada grupo es distinto, también tiene que ser distinta cada celebración. En una en que la mayoría de asistentes sean personas mayores, todo será más pausado, e incluso alguna parte, por ejemplo, se cantará en gregoriano. En una con gente más joven el ritmo será más vivo, e incluso más agresivo.

Conviene tener esto en cuenta. Es conveniente que en cada parroquia y en cada lugar haya, en cuanto sea posible, celebraciones con características diferentes, para que respondan a los diferentes estilos y mentalidades. No se trata de hacer grandes cambios (no se trata de celebraciones de grupos concretos y homogéneos, sino de celebraciones abiertas), sino que el tono que tengan responda más particularmente a los diversos estilos de gente: con cantos más o menos vivos, con espacios más o menos amplios de silencio y música, con más movimiento de gente o con más tranquilidad...

En todo caso lo que es necesario es ser muy fiel a la asamblea. Ello quiere decir, por ejemplo, no imponerle cosas que no le resulten adecuadas (por ejemplo, hacer intervenir en la homilía, decir plegarias espontáneas, cantar cantos muy rítmicos, a una gente que no tiene este talante: tales cosas, en efecto, pueden ser señal de viveza o de participación en algunas asambleas, pero en muchas otras la participación se manifestará de mane-

REPETICION Y NOVEDAD

En la celebración hay un juego entre repetición y novedad, y realizar bien este juego es lo que le da gracia y ritmo.

Es importante que en la celebración haya repetición. Es decir, que resuenen en los fieles textos y palabras conocidos, a los que uno se pueda asociar con facilidad, con el corazón, sin tener la permanente preocupación de captar cosas nuevas. Poderse asociar con paz al padrenuestro, a la plegaria eucarística, a los cantos conocidos, ayuda de manera decisiva a la creación del clima de plegaria que la celebración debe tener.

Pero es importante, al mismo tiempo, que haya elementos nuevos, que den color a lo repetido. El elemento siempre distinto en la celebración es la lectura de la Palabra. Pero al mismo tiempo hay otros, en el nivel de los signos: la ambientación de la iglesia, las breves frases que colorean la plegaria eucarística o el gesto de la paz, aquel canto peculiar al cual hoy se da un relieve especial. Estas cosas ayudan a resaltar y dar personalidad propia a cada uno de los días y momentos, e impiden que la repetición se convierta en monotonía.

El juego y la dosificación de estos dos elementos, la repetición y la novedad, es una de las artes básicas que tendrían que dominar los responsables de las celebraciones.

ra más tranquila). Y quiere decir, al mismo tiempo, ayudarla a dar los pasos que realmente le conviene dar y puede dar (desde lograr que los lectores se preparen bien, hasta enseñar a no escandalizarse el día en que los jóvenes que van a aquella misa lean unas plegarias de los fieles un tanto duras, pasando por crear una pequeña coral que prepare y sostenga el canto, etc. etc.).

En el fondo de todo ello, lo que resulta elemento decisivo es la sensibilidad litúrgica y la sintonía con la asamblea por parte de los responsables de cada celebración. Y para eso, claro está, no hay recetas de uso universal.

Solemnizar

A veces se preparan las asambleas como si el ideal fuera que se parecieran lo más posible a un encuentro informal: cuantas más intervenciones y diálogos haya, más comunitaria y participada sería la celebración; cuantos más elementos organizados y teatrales, menos participada sería.

Este planteamiento no corresponde a la realidad. Porque en una celebración de la Eucaristía, el objetivo no es tener un rato de conversación, sino compartir la fe con la comunidad, celebrarla, vivir conjuntamente la

presencia de Jesucristo. Por tanto, de lo que se trata es de encontrar los elementos que más ayuden a ello. Y así como en un grupo pequeño el sentido de encuentro informal puede ser a veces lo mejor para conseguirlo, en la celebración amplia muy pocas veces lo será.

En la celebración amplia se dan una serie de elementos que pueden ayudar mucho para que todos puedan sentirse inmersos en la celebración (es decir, puedan sentirse participantes). Y estos elementos será necesario utilizarlos teniendo en cuenta también cuáles resultan más adecuados para cada asamblea.

Estos elementos serán, básicamente, todos los que podríamos llamar "teatrales", o sea los que no pasan a través del simple razonamiento intelectual: todos los que no son discursos y explicación. Son, por ejemplo, la posición y los gestos del presidente de la asamblea, la función de los ministros, el tono de voz del celebrante y de los lectores y monitores diferenciado para cada momento de la celebración, las pausas, el relieve que se dé a los cantos, y muy especialmente a los cantos más propios (desde el salmo responsorial al prefacio), la ambientación de la iglesia y el altar, el uso en su caso del incienso, la fracción del pan, la manera como se realice la procesión de la comunión, el tipo de vasos que se utilicen para el pan y el vino... Y muchas más cosas, claro está.

El uso adecuado de estos elementos (y su adecuada dosificación según la importancia del día) es lo que crea el clima necesario y lo que hace que la asamblea "entre" en la celebración. Y muchas veces, en cambio, los celebrantes y los responsables de las celebraciones parece que tengamos miedo de crear estos climas, y nos limitamos casi únicamente al uso de la palabra, prisioneros de una vergüenza excesivamente racionalista y occidentalizada.

Claro que tampoco hay que pasarse y ponerse a cantar desmesuradamente todo lo cantable, o pretender importar estilos propios de civilizaciones más danzantes y teatrales que la nuestra. También hay que tener en cuenta, por ejemplo, que una asamblea numerosa comporta más amplitud de gestos y cantos, mientras que en una reducida hay que jugar más con los elementos dialogales y de proximidad (si, por el hecho de ser fiesta, alguien pretende cantar el prefacio o utilizar incienso en una celebración de diez personas, resultará probablemente desproporcionado, y este canto o este incienso no solemnizará, sino que por el contrario quedará un poco ridículo). Asimismo conviene tener en cuenta que el uso de los elementos teatrales y de la solemnidad no quiere decir caer en el hieratismo: la solemnidad no está reñida con la cordialidad que cada celebrante, según su manera de ser (sin hacer comedia), ha de procurar transmitir.

Es lo que decíamos antes de la sensibilidad litúrgica y la sintonía con la asamblea...

Cada día es distinto

Como cada celebración es distinta según el tipo de asamblea, también es distinta según el tiempo o la fiesta de que se trate. Y esto también se ha de notar, porque de otro modo se pierden toda una serie de posibilidades de crear climas nuevos, de despertar sentimientos diversificados, de hacer experimentar pedagógicamente los diferentes momentos de las celebraciones cristianas. Las cosas entran mucho mejor por los sentidos que por los razonamientos. Y el cristiano vivirá mejor la Pascua si al entrar en la iglesia “nota” ya que es Pascua, que no si ha de enterarse porque el celebrante empieza diciendo: “Hoy estamos contentos porque celebramos la Pascua...”.

Cada tiempo, cada momento litúrgico, ofrece sus propias posibilidades que deben aprovecharse. En este dossier comentamos algunas. En otros dossiers de esta colección del CPL dedicados a cada uno de los tiempos litúrgicos, se pueden encontrar más. Como criterios generales proponemos los siguientes:

En primer lugar los carteles que ya en la entrada de la iglesia muestran alguna idea clave de lo que se celebra. En segundo lugar, la música ambiental (que al mismo tiempo que crea un clima general de plegaria puede variarse según el tiempo litúrgico concreto). Luego, la cantidad y tipos de flores, luces y otros adornos que se empleen. También la utilización de imágenes, iconos, cruces, que pueden ponerse y quitarse según el día o el tiempo, o darles un determinado relieve con flores o alguna luz que los enfoque (destacar una imagen de la Virgen en Adviento, un niño Jesús o un nacimiento en Navidad, la cruz en Cuaresma, la imagen de un santo durante el tiempo ordinario en el domingo anterior a su fiesta...). Y junto con todo ello, el uso y dosificación de los elementos de solemnidad y de fiesta que se empleen dentro de la celebración.

Todo ello para evitar caer en la tentación fácil y cómoda: la de conformarse con una especie de celebración standard, que se repite constantemente idéntica a sí misma, y que desaprovecha las posibilidades simbólicas y pedagógicas que la liturgia contiene.

El canto

El canto es un elemento decisivo para el clima de la celebración. Y hay que decir que no es de los aspectos mejor resueltos de la reforma litúrgica entre nosotros. Podríamos señalar los siguientes puntos:

● 1. En este país cantamos bastante mal. Y lo peor es que pocos son sensibles a esta deficiencia. Parece que no haya ganas de disfrutar de *la calidad del canto*, sino que simplemente se trata de cantar, sea como sea. Entonces, por ejemplo, parece que no importe destrozarse cantos rítmicos.

O parece normal que desde el micrófono el director de cantos avasalle a la asamblea impidiéndole cantar realmente (la asamblea debe poder oírse cantar a sí misma, y si se canta fuerte desde el micrófono eso no es posible). En todo este asunto hay una parte insoluble porque es problema de escuela primaria (nadie nos ha educado musicalmente), pero hay otra que con dedicación y atención permitiría avanzar bastante.

● 2. Hay *tres clases de auxiliares del canto* que normalmente no se valoran ni potencian, y que habría que hacerlo. En primer lugar, el acompañamiento musical, sea de órgano o de otros instrumentos, que tiene una gran importancia para dar calidad y consistencia al canto, para dar plenitud a la asamblea que canta, y para dar vida a determinados espacios de la celebración mediante la música de fondo. En segundo lugar, la pequeña coral, que puede preparar y mantener el canto, dándole más solidez y belleza, romper la monotonía de cantarlo todo todos (y aquí hay que luchar contra la idea que a veces se tiene de que si todos cantan todo queda más participado...; lo que queda es más aburrido y pobre. Debemos trabajar mucho para educar la conciencia de participación mediante la silenciosa comunión de sentimientos con lo que otros hacen. En tercer lugar, el solista, que tiene una función en el salmo responsorial, en la letanía del Cordero de Dios o del Kyrie, y en otros cantos (éste es el auxiliar más difícil de conseguir, porque si un solista no lo hace bien, resulta un desastre y no ayuda sino que estropea la celebración: si el solista no se siente seguro, que se limite a lo imprescindible, como el Señor ten piedad o el Cordero de Dios).

● 3. *El canto es un conjunto de letra y música inseparablemente unidos*. Por el conjunto de ambos se desarrollan en el que canta o escucha determinados sentimientos, que no han de ser necesariamente iguales para todos: un mismo canto puede despertar sentimientos diversos según el lugar, el momento, el grupo que canta... Eso se debe tener en cuenta en el momento de escoger los cantos. Según sea la asamblea irán mejor unos cantos que otros. En nuestras asambleas habituales, con mayoría de asistentes de media edad, los cantos deberán ser normalmente más himnicos que rítmicos, y evitando asimismo letras pretendidamente radicales que no corresponden a la realidad de la asamblea. En cualquier caso, conviene buscar siempre cantos que tengan calidad, y no contentarse con cualquier cosa. Esforzarse por aumentar el repertorio, según las posibilidades, pero aumentarlo. Esta calidad ha de estar, ante todo, en la letra: son necesarios cantos que se acoplen con lo que se celebra y que digan algo. Al mismo tiempo ha de estar también en la música (y la calidad en la música puede ser de muchos tipos, ya que una música rítmica bien cantada puede tener mucha calidad). Y una última observación: en determinados momentos y en determinadas asambleas, se puede cantar algún canto en el que la letra prácticamente no exista, pero que la música cree un clima importante.

● 4 *Insistamos en que es necesario mejorar el repertorio.* Enseñar cantos nuevos (sin exagerar, no obstante; porque también es importante que la gente pueda cantar con tranquilidad los cantos que ya sabe). Escoger los cantos de manera que puedan colorear adecuadamente los diversos tiempos litúrgicos. Ya que el canto es uno de los elementos importantes para crear el clima de la celebración, es necesario que, por ejemplo, las celebraciones del tiempo de Adviento, empiecen con un canto que dé sentido de Adviento. Y así sucesivamente. Dentro del tema del repertorio puede señalarse también que merece la pena conservar algunos cantos gregorianos conocidos y sencillos.

● 5. Finalmente (aunque el hecho de que esté al final no quiere decir que sea menos importante, sino al contrario), es preciso saber *en qué momentos es importante cantar y en cuáles no.* Porque desde que la liturgia se celebra en las lenguas vivas, se han introducido y popularizado una serie de cantos variados para determinados momentos de la celebración (entrada, paz, comunión, final), mientras que han quedado en la sombra los cantos fijos que están en la celebración precisamente para ser cantados (el gloria, el diálogo del prefacio, la aclamación de la consagración, el Per ipsum, el Cordero de Dios, el Señor ten piedad...). El único canto de este tipo que acostumbra realmente a cantarse es el Santo. Y todo ello provoca un desequilibrio en la celebración. Porque cantamos cosas que no pertenecen directamente a la celebración, mientras que las que pertenecen directamente, no las cantamos. Y aquí sería necesario hacer una seria reflexión, con "propósito de enmienda". Por ejemplo, en las celebraciones dominicales, no se tendría que dejar de cantar, además del Santo, la aclamación de la consagración y el Per ipsum. A ser posible, cantar también la invitación del prefacio, y en las fiestas principales, el prefacio entero (excepto en el caso de que el celebrante cante mal y sea incapaz de aprender). El Gloria, especialmente en tiempo de Navidad y Pascua, debe cantarse, o recitarlo con música de fondo, o intercalarlo con alguna antífona. E ir mejorando en este aspecto.

Los actores de la celebración

Cada celebración debe tener los actores necesarios. No porque "conviene que intervenga mucha gente", sino porque diferentes acciones y tareas de la celebración corresponden a diferentes personas. Por tanto, no es tolerable que lo haga todo el sacerdote (o el sacerdote y un monitor-lector-director omnipresente). Aunque tampoco inventarse más funciones de lo normal para hacer intervenir a más gente (por ejemplo, que lean sistemáticamente la plegaria de los fieles tres o cuatro lectores, sin más motivo que el de hacer intervenir gente).

Los actores con que normalmente debe contar cada celebración son: el presidente, el acólito o acólitos, los lectores, el monitor y el director de

LAS PAUSAS

Tener en cuenta que es preciso hacer pausas es decisivo para el buen ritmo de la celebración. Pausas, es decir, aquellos pequeños espacios que separan un momento de la celebración de otro, y que permiten a los asistentes respirar y resituarse ante el momento siguiente. Si no se hacen, todo queda amazacotado y sin distinción.

Pausas especialmente importantes son: después de la oración colecta, mientras los asistentes se sientan antes de empezar la monición de la primera lectura; entre lectura y monición o entre lectura y salmo; después de la oración sobre las ofrendas y antes del prefacio o de la monición al prefacio; después del Per ipsum y antes de la monición del padrenuestro; después de la fracción y el canto correspondiente, antes de la invitación a la comunión; después del "Oremos" de la poscomunión, antes de recitar la oración.

cantos (estos dos últimos puede ser la misma persona). Además según las circunstancias se añadirán los concelebrantes, los diáconos, los que intervienen en la procesión de las ofrendas, etc.

Todos estos actores han de saber previamente cual será su tarea, y haberla preparado, tanto a nivel general (el presidente tiene que saber presidir, el lector leer, el director de cantos dirigir), como a nivel inmediato. El presidente, por ejemplo, además de haberse preparado sus intervenciones y la homilía, tiene que haber mirado previamente el misal, buscado y escogido los textos, colocado las señales, etc. El lector tiene que preparar antes la lectura, saber dónde se encuentra en el leccionario, asegurarse de que el leccionario está abierto en la página adecuada, etc. El monitor se habrá leído la hoja de moniciones, viendo si hay algún elemento peculiar, comprobando si sobra o falta algo. Y preparar todo esto es muy importante, porque indica una disposición espiritual de tomarse seriamente la propia misión y la asamblea a la que se sirve.

Y esta disposición espiritual que se expresa en estas pequeñas cosas es la que debe presidir todo el trabajo de los actores de la celebración. Quien interviene en una celebración ha de conocer y vivir totalmente aquello que hace, los textos que lee, los cantos que canta. Y, además, ha de vivirlo no como algo que sólo le interesa a él, sino como algo que ha de ayudar a comunicar a los demás que, en buena parte, dependen de su servicio bien hecho. Y en todo ello, todos juntos, tenemos mucho camino a recorrer, mucho a aprender y mucho a interiorizar.

Dentro de este apartado, no se puede olvidar la presencia de uno de los actores que tendrían que estar normalmente en todas las celebraciones y que casi nunca está. Se trata del acólito o acólitos. O sea, de aquel o aquellos que acompañan al presidente a lo largo de la celebración, prepa-

ran las ofrendas, recogen los vasos al terminar la comunión, etc. Da una imagen de celebración muy distinta el ver al presidente solo, que incluso ha de ir a buscar el pan y el vino, que verle acompañado de alguien (sea adulto o niño, vaya revestido o no). Convendría tenerlo en cuenta.

Los lugares, los objetos, la preparación

La distribución y adecuación del lugar de la celebración es especialmente importante para que las celebraciones se desarrollen como es debido. Por un lado, es necesario que el espacio sea cercano, visible, comunicativo. Igualmente, es necesario que haya unas condiciones generales que hagan agradable la asistencia y que permitan seguir la celebración con tranquilidad: desde un adecuado sistema de megafonía y una iluminación suficiente, hasta unos asientos mínimamente confortables, pasando por las necesarias estufas o ventiladores según el tiempo (si en todos los lugares públicos hay unas ciertas condiciones de confort, no hay razón para que en la iglesia no las haya). Finalmente, deben colocarse de modo conveniente las diversas sedes y elementos que son necesarios para la celebración.

Sobre este último punto se puede consultar el dossier *El lugar de la celebración*, publicado en esta misma colección y que trata con mayor amplitud de estos aspectos. Son cuatro los lugares que habría que diferenciar en cada celebración:

1) *el altar*, céntrico y sobrio, que permita sobre todo centrar la atención en el pan y el vino que se pondrán encima; 2) *el lugar de la Palabra*, desde donde se leerán las lecturas (y si es necesario también la plegaria de los fieles) que ha de ser capaz de concentrar la atención de los fieles en la primera parte de la misa; 3) *la sede del presidente*, digna y visible; 4) *el lugar del monitor y director de cantos* que convendría que fuera diferente del lugar de la Palabra, menos resaltado y más funcional.

Además de los lugares están los objetos. A lo largo del dossier hablaremos más concretamente de este tema. Pero lo que quisiéramos decir de entrada es que los objetos que se utilizan en la celebración (desde los libros a los vasos, pasando por los adornos del altar) no sólo tienen un papel funcional (es decir, no sólo están porque se necesitan), sino que tienen al mismo tiempo una función significativa. Por ejemplo, para leer las lecturas no basta con tener un papel cualquiera en el que se pueda leer —por ejemplo, una “Hoja diocesana”—, sino que es necesario un libro digno que muestre la importancia de lo que se lee. De la misma manera que a nadie se le ocurriría servir champán en vasos de plástico en un día de fiesta, tampoco se pueden leer las lecturas en un papel cualquiera o en la hoja dominical.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Como hemos dicho, a lo largo de es-

te dossier trataremos del tema más concretamente. Un tema con muchos aspectos: la manera como se dispone el altar, los manteles y las flores (que los manteles estén limpios... quitar las flores cuando empiezan a marchitarse...), el tipo de cálices y de cestas para el pan, las jarras para el vino y el agua, el tipo de asientos para el presidente y los ministros... No, no se trata de gastar mucho dinero y hacer cosas lujosas. Se trata simplemente de que cada objeto realice su función de la manera más adecuada posible.

Y, finalmente, la preparación inmediata para cada celebración. Ya lo hemos dicho antes: es necesario mirar el misal y poner los registros, mirar el leccionario y dejarlo abierto en la página adecuada, mirar la hoja de moniciones, prever los cantos, buscar los lectores, encender con tiempo las estufas o los ventiladores, etc. etc.

Y entonces, hay que disponer el espíritu para empezar algo importante: la celebración de la Eucaristía.

RITOS INICIALES

EL SENTIDO

← *La celebración empieza con una serie de elementos más o menos orgánicamente entrelazados que son el preludio, la apertura de la asamblea eucarística. La función de estos elementos es doble:*

1) Realizar pedagógicamente el paso de cada cristiano desde su situación en la calle a la nueva situación de asamblea reunida en torno a Cristo. Cada cristiano llega de fuera, con sus preocupaciones personales y con las preocupaciones del mundo. Entonces, mediante estos ritos de entrada, ha de poner estas preocupaciones en contacto con Jesucristo, en situación de plegaria, y ha de sentirse al mismo tiempo en comunión con los otros cristianos que forman con él la misma asamblea.

2) Crear el clima propio del tiempo litúrgico o de la fiesta que se celebra (que no significa resumir lo que después dirán las lecturas, sino ayudar a situarse en el sentido espiritual que cada tiempo o cada fiesta comporta).

— *Puesto que los ritos de entrada no son un único elemento desarrollado, sino un conjunto de elementos entrelazados, será posible, cuando sea necesario, introducir algún elemento nuevo, suprimir algún otro, potenciar éste o aquél en un tiempo determinado... Por ejemplo, encender los cuatro cirios en Adviento, suprimir el acto penitencial en tiempo de Navidad, sustituirlo por la aspersion en tiempo de Pascua, potenciarlo en tiempo de Cuaresma, etc. Convendrá también diferenciar la solemnidad que se dé a estos ritos, según el tipo de asamblea: en una gran asamblea —en una fiesta importante— la mejor manera de conseguir los objetivos del rito de entrada será subrayar al máximo la solemnidad (procesión de entrada, etc.); en una asamblea más reducida y donde la gente se conoce, los objetivos se conseguirán mejor potenciando la cordialidad...*

Se realice como se realice, lo que no parecería adecuado es pensar que hay demasiados ritos y que sistemáticamente hay que suprimir alguno, dejando una introducción sencilla y rápida. Porque en realidad, la variedad de ritos iniciales ayuda a ir situando poco a poco en la celebración, ayuda a ir entrando de la calle al encuentro con Cristo, de la vida individual al encuentro comunitario.

PASO A PASO

Empezar

— Debe notarse que se empieza. El monitor o director de cantos, antes de empezar la celebración, puede hacer algunas observaciones, explicando qué se cantará, ensayando algún canto, etc. En este caso será necesario significar de alguna manera que se han terminado los prolegómenos y que empieza propiamente la celebración: un momento de silencio, encender las últimas luces, un aviso de campana allí donde haya costumbre, la invitación a ponerse en pie para el canto de entrada, etc. Lo que hay que evitar siempre es que el presidente salga mientras el monitor aún está dando advertencias o ensayando cantos (si el monitor se alarga demasiado en los prolegómenos, puede enviarse a alguien para avisarle, pero no salir antes de que haya terminado). También, para señalar el inicio de la celebración, en algunos casos puede ayudar el leer algún texto de un autor moderno como prólogo; dejar entonces un pequeño espacio de silencio, y ponerse en pie mientras llegan el celebrante y los ministros.

El canto de entrada y la llegada de los ministros

— El canto de entrada es el primer elemento que reúne a la asamblea y marca el sentido de la celebración del día. Por ello el canto de entrada debe ser consistente y la asamblea ha de saberlo bien y poder cantarlo sin dificultad; debe ser lo bastante largo como para dar verdadera sensación de acto conjunto; debe tener más un sentido de himno y de marcha que de meditación. Y al mismo tiempo, debe dar auténticamente el tono litúrgico del tiempo o del día, ya que es la primera impresión que los asistentes reciben (y así por ejemplo, si en Adviento una comunidad no sabe más que un canto propio de este tiempo, es mejor cantarlo en la entrada que en la comunión o al final); este sentido litúrgico, no obstante, cuando se trata de un tiempo sin colorido especial, como es el tiempo ordinario, tenderá a darse a través de un canto que habla de asamblea, de reunión alrededor de Cristo, de camino común, etc., sin que sea necesario preocuparse que esté muy acorde con las lecturas del día.

— Si no hay canto de entrada (bien porque no hay posibilidades, bien porque algún domingo —en Cuaresma, por ejemplo, para destacar la austeridad del tiempo— parece mejor no cantarlo) es necesario hacer una entrada en silencio, lo cual es algo distinto de “una entrada sin hacer nada”. El silencio de entrada, en efecto, ha de ser vivido como verdadero inicio de la celebración, como primer acto colectivo de la asamblea reunida: la misa empieza cuando todos se ponen en pie y esperan la llegada del celebrante, y no cuando éste ha empezado a decir las primeras palabras.

— La llegada del celebrante (acompañado de los ministros) debe ser digna, como de quien va a empezar algo importante y valioso. Esta dignidad, no obstante, será distinta según el tipo de asamblea, y no está reñida con determinados niveles de cordialidad, ni se identifica con un frío hieratismo. En todo caso lo que no tiene sentido es una entrada sin interés, ordenando los papeles que el celebrante lleva en las manos o caminando deprisa hacia el altar, como si aquella llegada no formara parte de la celebración.

— Según el tipo de asamblea y según el día (en algunas asambleas será cada domingo, en otras en las fiestas señaladas, en otras nunca) sería oportuno hacer una procesión de entrada, como señal de la asamblea que camina y se congrega. Pero no tendría sentido una procesión del celebrante sólo: tiene que haber otros concelebrantes o ministros. Como elementos que pueden solemnizarla, tenemos: el evangelario o el leccionario llevado por el diácono o un lector; que acompañen también la cruz y los cirios, especialmente los del altar, y el incensario, si es que se utiliza (será necesario entonces, haberlo preparado y puesto incienso antes de salir); cantar en algún caso —en Cuaresma por ejemplo— las letanías de los santos como canto de entrada.

— Al llegar al presbiterio, el celebrante besa el altar, o se inclina (o ambas cosas), e inciensa el altar si se utiliza incienso: el altar es signo de Jesucristo presente en medio de la comunidad. Luego se va a su sitio, a la sede, que debe estar situada de modo suficientemente visible, como aglutinante (aunque en algunos casos, si la comunidad es pequeña y según la distribución del presbiterio, será mejor quedarse en el altar hasta el momento de las lecturas).

Saludo

— “Terminado el canto de entrada, el sacerdote y toda la asamblea hacen la señal de la cruz. A continuación el sacerdote, por medio del saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada” (Ordenación general del misal romano, n. 28). Este saludo es el primer contacto del celebrante con la asamblea, la primera comunicación entre la asamblea y el que la preside.

El saludo tiene un carácter ritual, con pocas variantes (como rituales y con pocas variantes son los saludos que nos hacemos cuando nos encontramos por la calle). El misal propone varias fórmulas inspiradas en el Nuevo Testamento. Estas fórmulas, que expresan el sentido cristiano del encuentro, pueden ser sustituidas por otras con características semejantes, más amplias o más reducidas, y se puede añadir también alguna frase de sentido más humano. No debe perderse aquí el sentido de saludo cristiano, con referencia explícita al don de Dios: no estaría bien, por ejemplo, reducir el saludo a un “buenos días” o a una frase de simple bienvenida humana, sino que es necesario mantener el tono cristiano y ritual de este momento de la celebración.

También es importante el gesto del saludo. Quizás extender los brazos como propone el misal no sea siempre lo más adecuado, pero tanto la posición del cuerpo como la mirada han de expresar realmente esta comunicación inicial entre presidente y asamblea.

Monición de entrada

— Del mismo modo que cuando nos encontramos por la calle primero nos decimos una frase estereotipada (“Buenos días”, “Hola”, etc.) y luego añadimos unas palabras más personales, también en la Eucaristía, después del saludo ritual, será normalmente deseable decir unas palabras más situadas y dirigidas a la asamblea concreta.

Estas palabras iniciales tienen como función: 1) establecer una comunicación personal y cordial entre presidente y asamblea; 2) ayudar a situarse ante la celebración a una asamblea que acaba de llegar de la calle y necesita hacer el paso de la vida cotidiana a la celebración; 3) ayudar a situarse ante el sentido peculiar del domingo o fiesta concreta. Habrá

MIRAR A LA ASAMBLEA

Los presidentes de la celebración —y los demás ministros, como por ejemplo los lectores— se olvidan muy a menudo de mirar a los asistentes. Y es un elemento importante para el tono que ha de tener la celebración. Porque es muy distinto decir “El Señor esté con vosotros” mirando a la asamblea, que decirlo mirando al misal o sin mirar a ninguna parte.

Al mirar a la gente se da a la celebración un sentido más humano y cercano, y al mismo tiempo se consigue que los diferentes pasos de la celebración no se atropellen.

Habría que mirar a la asamblea, pues, en el saludo, en la monición de entrada, en la invitación al silencio del acto penitencial, al proclamar el “Oremos” antes de la colecta, etc.

ocasiones, no obstante, en que esta monición no será necesaria o incluso sobrarán (por ejemplo, en una celebración en que se ha hecho una entrada larga y solemne, o incluso cuando el monitor ha estado antes cinco o diez minutos ensayando y haciendo observaciones, los puntos 2 y 3 del sentido de esta monición ya estarán cumplidos, y el 1 puede realizarse con un saludo ritual bien dicho).

— El tono de la monición debe ser cordial y comunicativo. Normalmente, por tanto, no se leerá, sino que se hablará mirando a los asistentes. Si se lee, debe hacerse levantando los ojos y mirando a la asamblea en algún momento.

— El hecho de que la monición sea cordial y comunicativa no significa decir lo primero que a uno se le ocurra. La monición debe prepararse. Ha de ser breve (y la única manera de que lo sea es haberla pensado antes). También hay que tener en cuenta que la monición no ha de ser un resumen de la Liturgia de la Palabra, ni una introducción a las lecturas, sino una introducción a toda la celebración (si se quiere hacer referencia a los textos de las lecturas, hay que hacerlo de manera bastante genérica).

— Normalmente esta monición la hará el presidente de la asamblea. Alguna vez, no obstante, podrá introducirse aquí una intervención del monitor, sobre todo si es necesario explicar con un poco de amplitud el sentido de alguna fiesta peculiar.

El acto penitencial y los kyries

— El acto penitencial no es un examen de conciencia. Es un momento de silencio, de preparación y de reconocimiento de la salvación de Dios. Este sentido han de tener normalmente tanto la introducción al acto, como las invocaciones y los demás elementos.

— El acto penitencial se inicia con una monición del presidente que normalmente estará relacionada con la monición de entrada, como una conclusión. Luego viene un momento de silencio, que debe notarse como tal: los asistentes deben darse cuenta de que están haciendo silencio, para poder situarse verdaderamente ante Dios (la duración de este silencio dependerá, no obstante, del estilo y preparación de cada comunidad).

— Luego viene la expresión comunitaria de la penitencia. La fórmula más conocida y habitual es la de las invocaciones acompañadas del “Señor, ten piedad”. Estas invocaciones serán normalmente aclamaciones a Jesucristo, en el mismo sentido que el “Señor, ten piedad” (el antiquísimo *Kyrie*, que no nació como una fórmula para pedir perdón, sino como una invocación a Cristo Señor y salvador). Por ello, normalmente, tenderán más a empezar con un “Tú, que...” que con fórmulas de reconocimiento de faltas. El “Señor, ten piedad” sería adecuado cantarlo alguna vez en griego

("Kyrie, eleison"), con alguna de las músicas conocidas. Y otras veces se podría cantar simplemente el "Señor, ten piedad", sin añadir invocaciones.

El misal propone otras dos posibilidades para la expresión comunitaria de la penitencia: el "Yo confieso" (fórmula I), y unas frases de diálogo (fórmula II). No obstante, ambas parecen más adecuadas para las misas sin canto. Aunque pueden ser útiles también para variar la fórmula habitual. Si se emplean, se añaden después (una vez terminado el acto penitencial) los Kyries, como una aclamación a Cristo.

Otra posibilidad sería la de añadir a las invocaciones, en vez de "Señor, ten piedad", alguna otra antífona dirigida a Jesucristo (por ejemplo: "Cruz de Cristo vencedor"; "Perdón, Señor"; "Por tu cruz y resurrección"...). De la misma manera, en algunas ocasiones podría emplearse como expresión comunitaria de la penitencia un canto penitencial sin invocaciones. Tanto en uno como en otro caso, como vemos, se da importancia al aspecto penitencial del momento, y por tanto estas dos posibilidades se emplearán cuando se quiera resaltar este aspecto.

En Cuaresma será conveniente poner más énfasis en el aspecto penitencial, tanto en el sentido de reconocimiento de la salvación de Jesucristo que nos llega por la cruz, como de reconocimiento del pecado de los hombres. Una forma sería alargando un poco más el silencio inicial con más pausas meditativas entre las invocaciones; y, junto con ello hacer también las invocaciones más largas, más contemplativas de la obra de Jesucristo, sustituyendo además el "Señor, ten piedad" por un canto más centrado en la Cruz. Otra forma (sobre todo en comunidades en que los asistentes se conocen bien) sería introducir (discreta y brevemente, eso sí) algunos testimonios que muestren la situación de pecado de los hombres y del mundo, terminando también con un canto de invocación a Cristo salvador.

El acto penitencial termina con una oración conclusiva que resume la petición de perdón hecha por la asamblea.

En Pascua, como propone el misal (pág. 1096; en realidad se puede hacer todos los domingos, pero parece mejor reservarlo para Pascua), lo más aconsejable es sustituir el acto penitencial por la aspersión del agua, que recuerda el bautismo, el momento en que los cristianos nacimos de nuevo de la vida del pecado a la vida nueva de Jesucristo. La fórmula del misal consiste en una introducción, bendición del agua, aspersión mientras se entona un canto, y oración conclusiva. Sin embargo, a veces será mejor limitarse a la introducción, aspersión y oración conclusiva. En todo caso, no obstante, hay que asegurar que la aspersión se note, que no sea un gesto insignificante.

En tiempo de Navidad, y quizás también en algunas fiestas determinadas, podría omitirse el acto penitencial y dar especial relieve al Gloria.

Entonces, sería aconsejable que la monición de entrada invitase a hacer unos momentos de silencio antes de empezar el Gloria y notase alguno de sus aspectos "penitenciales".

Gloria

— Este himno de alabanza, alegre y festivo, queda muy desdibujado en la mayoría de celebraciones. Sobre todo porque al no cantarse, pierde buena parte de su sentido.

— El himno lo puede entonar el presidente, el director de cantos, un grupo de cantores, o toda la asamblea. Asimismo, lo pueden cantar todos juntos, o alternando la asamblea con un grupo de cantores. Si no se puede cantar, sería necesario encontrar las maneras para que no fuera un simple recitado sin gracia. Por ejemplo, alternando el recitado (que puede hacer un buen declamador o la asamblea) con el canto de una antífona (por ejemplo, "Gloria, gloria aleluya"). También podría recitarse (todos juntos o alternándose la asamblea, pero siempre sin atropellarse) con música de fondo. En algún caso, finalmente, sería adecuado usar el gloria como canto de entrada.

— Sobre todo en tiempo de Navidad debe procurarse que este himno adquiera el suficiente relieve (monición, canto, música de fondo, etc.).

Colecta

— Es la primera oración que la comunidad congregada realiza como tal ("collecta", en latín, significa reunida, congregada). La comunidad que ha ido entrando en el clima de celebración, concluye y culmina esta entrada orando unida, con las palabras de quien la preside. Esta oración debe decirse de modo relevante, de manera que la asamblea se pueda unir y la pueda hacer suya. (Con todo hay que reconocer que muchos textos de las colectas tienen problemas de contenido, de vocabulario, de expresión, que las hacen poco significativas para la mayoría de los fieles; pero de este problema ya hemos hablado en la introducción).

— El presidente empieza invitando a la asamblea a la plegaria con la breve monición "Oremos". Esta breve monición, no obstante, puede ser ampliada brevemente (por ejemplo, con la exhortación: "Oremos, hermanos, con esperanza"; o señalando los días laborables el santo de quien se hace memoria: "Oremos hoy recordando a san N."; o indicando la intención en determinados casos: "Oremos pidiendo a Dios la unidad de los cristianos").

— Después se deja un breve espacio de silencio, para que todos puedan ponerse en situación de plegaria.

A continuación, el presidente recita —y recitar es algo más que leer— la oración, que termina con la conclusión larga. Esta conclusión larga presenta la mediación de Jesucristo y la comunión en el Espíritu, no sólo respecto a lo que se ha pedido, sino al conjunto de la celebración. Por ello no se ha de decir “Te lo pedimos por...”, como si se tratara sólo de las peticiones hechas en la oración, sino que se empieza con “Por...”, que hace resonar una mediación más general. Por ello, de la misma manera que la oración ha de ser bien recitada, también lo ha de ser la conclusión misma, que se convierte en una invocación a la Trinidad presente en la asamblea.

- La asamblea responde a la oración con su Amén.
- El sentido de esta plegaria hace que también sea adecuado cantarla, o cantar al menos la conclusión y el Amén. Es pues una posibilidad a tener en cuenta según el tipo de asamblea y según la solemnidad con que se celebre cada misa.

LITURGIA DE LA PALABRA

EL SENTIDO

La Liturgia de la Palabra

La Liturgia de la Palabra es una celebración. Es indispensable, por tanto, que se note que celebramos la Palabra, como luego celebraremos la Eucaristía.

La Liturgia de la Palabra no es:

- ni un tiempo de lecturas atropelladas colocadas antes del sermón y de la celebración eucarística durante el cual va llegando la gente;
- ni una reunión de instrucción o de discusión que después se concluirá con los ritos eucarísticos (que quedarán así desvalorizados, porque no son tan “instructivos”).

La Liturgia de la Palabra

- es la “primera mesa” de la celebración. Luego vendrá la segunda, la “mesa del pan”. Las dos, juntas y equilibradas, constituyen el encuentro dominical cristiano;
- como celebración que es, recuerda y actualiza la fuerza salvadora de Dios en la historia, o invita a responder y a acogerla en la propia vida, personal y comunitaria;
- pone ante los ojos, cada domingo, algunos de los aspectos de esta obra salvadora, para que prestemos especial atención a ellos. Y bajo estos aspectos invita a entrar en la actualización sacramental de la salvación, la Eucaristía. Así la Liturgia de la Palabra hace que la Eucaristía de cada domingo sea diferente. Es por la Palabra por lo que unas Eucaristías

son más importantes que otras (es la Liturgia de la Palabra lo que distingue decisivamente, por ejemplo, el domingo de Pascua de un domingo del tiempo ordinario);

ha de realizarse de tal manera que pueda ser acogida por los que participen en ella como lo que es. Es necesario que las lecturas puedan ser bien captadas (lo que no significa necesariamente que deban ser comprendidas intelectualmente hasta la última frase), es necesario que haya espacios de contemplación y plegaria, es necesario que el canto exprese la participación en lo que se lee, es necesario que la homilía actualice significativamente lo que se ha proclamado en las lecturas.

Las lecturas

El leccionario ofrece, para los domingos y solemnidades, tres lecturas, con los siguientes criterios:

Adviento: a) las primeras lecturas son oráculos del Antiguo Testamento que anuncian los últimos tiempos o la venida del Mesías; b) los evangelios conducen progresivamente de la venida escatológica al anuncio de Juan Bautista y al nacimiento de Jesús; c) las segundas lecturas son exhortaciones a preparar la venida del Señor.

Navidad: cada fiesta está organizada de manera distinta.

Cuaresma: a) las primeras lecturas siguen los grandes acontecimientos de la historia de la salvación en el Antiguo Testamento; b) los evangelios presentan en los dos primeros domingos las tentaciones y la transfiguración de Jesús, y en los otros tres son evangelios bautismales (ciclo A), de anuncio de la cruz (ciclo B), y de llamadas a la conversión (ciclo C); c) las segundas lecturas son exhortaciones a la conversión.

— *Pascua:* a) las primeras lecturas no son del Antiguo Testamento como en los otros tiempos, sino del libro de los Hechos de los Apóstoles, que muestra la eficacia de la resurrección de Jesús; b) los evangelios empiezan presentando las apariciones del Resucitado y pasan después a diversos textos pascuales del evangelio de Juan; c) las segundas lecturas escogen fragmentos de la primera carta de Pedro (ciclo A), la primera de Juan (ciclo B) y el Apocalipsis (ciclo C).

— *Tiempo durante el año:* a) la primera lectura es un fragmento del Antiguo Testamento escogido en relación con el evangelio del día; b) los evangelios siguen en cada ciclo la lectura continua de un evangelista: Mateo, Marcos, Lucas; c) las segundas lecturas son una lectura semicontinua de las cartas de los apóstoles, sin relación con el evangelio ni con la primera lectura.

¿Hay que leer las tres lecturas?

Según está previsto (Ordenación general del leccionario, 8a), puede suprimirse, si hay razones pastorales serias, una de las dos primeras lecturas. Pero, ¿es conveniente hacerlo? Las razones que se acostumbra a aducir para ello son:

- sería mejor dos lecturas bien explicadas, asumidas y entendidas, que no tres que no se captan en su totalidad;
- la Escritura utiliza un lenguaje muy lejano, y es mejor no aturdir a la gente con tantas lecturas;
- las lecturas tratan temas diferentes, y eso desconcierta.

No obstante, antes de decidirse a suprimir alguna lectura, habría que tener en cuenta estos otros criterios:

- el valor y la fuerza de una palabra — ¡y de la Palabra! — no proviene sólo de su captación consciente hasta el último matiz. Una proclamación bien hecha de las lecturas — o sea, bien leídas, con los espacios de silencio y de canto necesarios, etc. — las hacen penetrar, las van sembrando en el corazón del oyente aunque no se dé cuenta de una manera total;
- la diversidad de temas demuestra que la Palabra tiene entidad por ella misma, y no es la ilustración de un tema previamente escogido — como en las “demostraciones por la Escritura” de la teología de antes —: es, pues, una invitación a dejar penetrar la Palabra, a contemplarla, a centrar la atención en algún punto, etc. Por otro lado, excepto en el tiempo ordinario, las lecturas, a pesar de no tener unos temas comunes, sí tienen unos ejes y un ambiente común.

Por todo ello lo fundamental es dar el relieve necesario — indispensable — a las lecturas, procurar que lleguen a ser proclamaciones con sentido, crear ambiente de contemplación, asegurar un salmo responsorial y una aclamación para el evangelio que sea adecuada, etc. Y acompañar todo ello con una homilía que actualice los aspectos más destacados que se han leído, y tenga una duración discreta y no avasalladora.

Con todo, hay que decir que, si en algún caso podría ser mejor suprimir alguna lectura, ello sería en el tiempo ordinario. El leccionario de este tiempo tiene bastantes deficiencias: las primeras lecturas del Antiguo Testamento que quieren ilustrar el evangelio son muy breves, no tienen casi contexto y más de una vez se relacionan superficialmente, mientras que la lectura semicontinua de las cartas apostólicas de la segunda lectura están escogidas con un criterio que no permite seguir realmente el pensamiento del apóstol. Si en este tiempo se suprimiera una de las dos primeras lecturas, sería conveniente alternar unos domingos la lectura del An-

llego Testamento y otros las cartas apostólicas (y, en el caso de las cartas apostólicas, uniendo quizás las perícopas de dos o tres domingos).

¿Se pueden sustituir las lecturas?

En algunos domingos del tiempo ordinario está previsto dedicar la misa a alguna intención eclesial importante: concretamente el domingo que coincide con la Semana por la Unidad de los cristianos, o el domingo de la Propagación de la fe (Domund). En estos días, se dicen las oraciones de la misa por la unidad, o de la misa por la Propagación de la fe, y se hace referencia al tema en la plegaria de los fieles y en otros momentos. Y está permitido también cambiar las lecturas y poner otras apropiadas a esta intención. No obstante, ¿es bueno hacerlo? Diríamos que en principio no. Que es un valor importante el seguimiento de la lectura continua del evangelista correspondiente, y que es suficiente con las oraciones y plegaria de los fieles. En todo caso podría cambiarse alguna de las dos primeras lecturas.

Hay un caso en que sí merecería la pena cambiar todos los elementos de la misa dominical (oraciones y lecturas), y es en la celebración del patrón del lugar o del titular de la iglesia, cuando corresponde a un día entre semana y la gente no acude a la celebración eucarística: entonces, como

LEER TEXTOS DE OTROS AUTORES

¿Se puede sustituir algún texto de la Escritura por un autor moderno?

Planteada así la pregunta, la respuesta tiene que ser que no, que los textos de la Escritura no se pueden sustituir: los libros de la Escritura son los textos constituyentes de la fe, y ningún otro texto puede pretender serlo.

Ello no quita, sin embargo, que leer algún fragmento de otro autor pueda resultar en una celebración determinada especialmente significativo, y pueda ayudar a crear el clima de la celebración o a arraigar mejor lo que se celebra en la vida de los asistentes.

Si alguna vez, pues, parece útil leer algún fragmento de un autor no bíblico, será necesario que se vea que es "otra cosa" distinta de la Palabra de Dios (leyéndolo desde otro lugar, no situándolo en el conjunto de lecturas y salmos, etc; puede aparecer, por ejemplo, como un texto para ambientar las lecturas que se leerán a continuación, o como un comentario vinculado con la homilía, o como un "pregón" inicial). Evidentemente en celebraciones "específicas" (pequeños grupos, jóvenes, bodas, etc.) la utilidad de estos textos puede ser más propia. Sin olvidar nunca, repetimos, la prioridad de las lecturas bíblicas y sobre todo del Evangelio que no puede omitirse en ninguna celebración.

prevé el misal (Normas universales sobre el año litúrgico y el Calendario, 5,8) podría trasladarse la fiesta al domingo (cuando es un domingo de durante el año) y celebrarla en toda su integridad.

¿Y en otros casos? Por ejemplo, ¿cuando una parroquia o zona está en asamblea de reflexión pastoral? ¿O cuando hay un tema especial que afecta la vida comunitaria? ¿Sería conveniente cambiar las lecturas de aquel domingo y adaptarlas a estas circunstancias? Creemos que alguna vez puede ser bueno, siempre que sea sólo alguna vez, extraordinariamente. Porque acostumbrarse a cambiar lecturas y "escoger" el propio leccionario conduciría inevitablemente a decidirse por aquello que a uno le gusta oír y dejar de lado todo lo que "no suena bien" —sea en "progre" o en "carca" o en "centrista", da lo mismo.

Para subrayar determinados temas importantes, sin modificar el conjunto de las lecturas dominicales, se les puede dedicar la plegaria de los fieles, escoger unas oraciones adecuadas, o hacer una presentación en los avisos finales —dándoles un poco más de relieve, leyendo un texto, etc.— Y pensando, además, que la celebración de la Eucaristía no puede cubrir todas las necesidades de una comunidad cristiana, ni puede hacer al mismo tiempo las funciones de la catequesis, de la información eclesial y social, del debate parroquial, etc.: si se pretende que cubra todas esas necesidades, ni podrá lograrse realmente, ni la celebración mantendrá su propio sentido y valor.

PASO A PASO

Observaciones generales

— Después de la oración colecta, todos se sientan. Empieza entonces la Liturgia de la Palabra. Empieza con una monición introductoria o, si no la hay, con la primera lectura. Pero en todo caso, lo importante es no empezar hasta que no se haya creado un clima de tranquilidad, de silencio, de atención. Que no se oigan ya ruidos. Una pequeña pausa de silencio una vez todos se hayan sentado crea la sensación de expectación necesaria para que quede resaltado lo que se leerá.

— De la misma manera hay que procurar que haya pausas y tranquilidad entre los diversos elementos de la Liturgia de la Palabra: lecturas, moniciones, salmo... No se trata de exagerar y crear un ritmo lento y roto, pero sí evitar que todo se yuxtaponga, sin posibilidad de respirar. Por ejemplo, después de la primera lectura y antes del salmo es necesario una breve pausa, puesto que de lo contrario los textos no pueden ser captados. Incluso, y según el tipo de asistentes, puede ser útil una pausa de reflexión un poco más larga después de cada lectura.

— Antes de empezar la Liturgia de la Palabra debe estar preparado todo lo que será necesario para su realización: los micrófonos en el lugar adecuado y con el volumen suficiente, y el ambón con el libro abierto en la página correspondiente.

Las moniciones

— Son un elemento auxiliar de la Liturgia de la Palabra, destinado a facilitar el captar mejor las lecturas, a suscitar los sentimientos con que es necesario unirse a las palabras del salmo, a unir los diversos elementos.

— Las moniciones no las debe leer el lector, porque así perdería relieve la lectura. Normalmente las hará un monitor dedicado expresamente a ello, o bien el mismo celebrante que en este caso adoptará un tono de “conductor de la celebración” evitando no obstante que su palabra parezca más importante que la misma lectura.

— Las moniciones de las lecturas han de ser sugerentes, han de “abrir el apetito” respecto a lo que oír a continuación. No han de ser, pues, ni un resumen de lo que a continuación se leerá, ni una pequeña homilía. Deben ser muy breves; si se alargan, convierten la Liturgia de la Palabra en un inacabable sermón con textos escriturísticos intercalados... También, en lecturas que tienen alguna dificultad de comprensión, la monición puede ofrecer alguna explicación que ayude a entenderla mejor (sin pretender asegurar, no obstante —como decíamos en otro lugar— la absoluta comprensión racional de todo lo que las lecturas dicen...).

AL INICIAR UN CICLO DEL LECCIONARIO

Puede ser educativo destacar, en el primer domingo de Adviento, que se empieza un nuevo ciclo de lecturas. Ello se puede hacer con una monición previa del celebrante. Pero también puede ser interesante actualizar un rito que incluye el ritual de la dedicación de iglesias: la inauguración del lugar de la Palabra.

El desarrollo de este rito podría ser el siguiente: el ministro que acompaña al celebrante en la entrada (o el mismo celebrante si no hay ministro) lleva el leccionario y lo deja sobre el altar antes de besarlo, al llegar. Después de la colecta, el celebrante va al altar, toma el leccionario y lo lleva al ambón. Allí muestra el leccionario al pueblo y dice estas o parecidas palabras:

“Iniciamos hoy, como cada año en este domingo, un ciclo de lecturas bíblicas. Que la Palabra de Dios resuene, domingo tras domingo, en esta asamblea, para que conozcamos el misterio de Cristo, y se realice la salvación que Dios quiere para todos los hombres”.

Deja el leccionario abierto, y va a sentarse. Se introduce la primera lectura, y el lector empieza a leerla.

— La monición del salmo, por el contrario, quiere ayudar a despertar los sentimientos de oración que el salmo contiene, vinculados normalmente con la primera lectura. Y la monición del evangelio (que se leerá, si se juzga oportuno hacerla, siempre antes del aleluya o la aclamación cuaresmal, no después) tendrá normalmente el objetivo de disponer a los oyentes a acoger aquella Palabra que hace resonar especialmente la voz de Jesucristo en medio de la asamblea.

— Según el tipo de lecturas y de asistentes, las moniciones podrán ser sólo una al principio, o una para cada lectura y el salmo, o sólo para las dos primeras lecturas, o ninguna. Si se emplean las de “Misa Dominical” o de otra publicación semejante, es necesario leerlas previamente y escoger si se leen todas o sólo algunas, o si se tienen que adaptar, etc.

También, en determinados casos (por ejemplo, al empezar el Adviento o la Cuaresma), puede ser útil que el presidente inicie la Liturgia de la Palabra invitando a una especial atención a las lecturas durante aquel tiempo; después de esta introducción, el monitor introduce a la primera lectura y se sigue como de costumbre.

Las lecturas

— Leer las lecturas no es propio del presidente de la celebración, sino de otro ministro: el lector. La costumbre de algunos presidentes de leer ellos todos las lecturas es un abuso que debería desterrarse.

El ministerio de lector es un servicio importante dentro de la asamblea. Quienes lo hacen han de ser conscientes de ello y prepararse de modo que la Palabra de Dios sea proclamada con la intensidad que le corresponde. Es necesario, por tanto, poner todo el esfuerzo para que sea así.

— Una costumbre a evitar es la de llamar a leer las lecturas a lectores espontáneos. Esto, además de crear unos momentos de “suspense” que rompen el ritmo de la celebración, provoca que la lectura no se prepare como es debido. Las lecturas tienen que distribuirse antes de la celebración. Y los lectores deben preparárselas antes de subir a leer.

• Conviene que los lectores no se repitan todos los domingos. Aunque este principio debe aplicarse de modo equilibrado. Porque, si bien es un valor el que haya lectores varios, también es otro valor muy importante conseguir que las lecturas se proclamen bien. De manera que es mejor escoger buenos lectores aunque sean pocos, que hacer leer a personas que no están preparadas, sólo porque “así participa más gente”: la participación no consiste sólo en subir al presbiterio: ¡también es participación escuchar atentamente las lecturas!

— Para ayudar a promover un equipo de buenos lectores, sería necesario organizar de vez en cuando algunas sesiones de preparación de los que ha-

CUANDO LOS MICROFONOS NO ESTAN BIEN COLOCADOS

Cuando el lector sube a leer la lectura y el micrófono le queda más separado de lo normal, o muy arriba o muy abajo, el monitor no acostumbra a resistir la tentación de acercarse mientras el otro sigue leyendo y procura arreglarlo.

Cuando esto ocurre, la asamblea queda pendiente de las manipulaciones del monitor y no consigue enterarse de lo que el lector dice. Mientras que si el monitor hubiera permanecido quieto, los fieles hubieran procurado hacer el esfuerzo de prestar más atención y habrían podido captar la lectura.

Por tanto, cuando el micrófono no está bien colocado, hay dos posibilidades: 1) que nadie se levante a arreglarlo, y la gente ya hará el esfuerzo de seguir la lectura; 2) que alguien vaya a arreglarlo, en cuyo caso el lector parará la lectura y la reemprenderá cuando hayan terminado las manipulaciones.

Aunque, evidentemente, lo mejor es situar el micrófono a la medida antes de empezar la lectura.

bitualmente leen en las celebraciones: para leer con seguridad y sin miedo, para leer sin prisas, para saberse situar ante el micrófono, para aprender a vocalizar, etc. Convendría hacerlo en la misma iglesia, en el propio lugar de las lecturas.

- La lectura empieza siempre con las palabras: "Lectura del libro del profeta N.", o "Lectura de la carta del apóstol N.N.". No hay que leer por tanto, la letra roja del principio, es decir, no se ha de empezar diciendo: "Primera (o segunda) lectura". Ni se ha de leer la frase en rojo que resume el sentido de la lectura.

- Al final se dice "Palabra de Dios". Es una expresión de aclamación que invita a la respuesta del pueblo: "Te alabamos, Señor". ("Palabra del Señor" y "Gloria a ti, Señor Jesús", al final del evangelio). Hay que decirlo, por tanto, mirando a los asistentes, tras una breve pausa después del final de la lectura. Y hay que evitar, asimismo, la costumbre que se ha extendido en algunos lugares de cambiar esta aclamación con una especie de fórmula explicativa: "Es palabra de Dios": ¡no se trata de una explicación, sino de una aclamación! De hecho, para resaltar este sentido aclamatorio, especialmente en las fiestas principales, sería interesante cantar: así se daría más relieve al carácter de celebración —y no de simple instrucción— que la Liturgia de la Palabra tiene.

SIETE CONSEJOS PARA UN BUEN LECTOR

1. **Leerse la lectura antes.** Si puede ser, en voz alta y un par de veces. Leerla para entender bien el sentido, y para ver qué entonación hay que dar a cada frase, cuáles son las que hay que resaltar, dónde están los puntos y las comas, en qué palabras podríamos equivocarnos, etc.
2. Al estar delante del ambón, vigilar **la posición del cuerpo.** No se trata de adoptar posturas hieráticas y rígidas, pero tampoco se debe leer, por ejemplo, con las manos en los bolsillos.
3. Situarse a la distancia adecuada del **micrófono** para que se oiga bien. A veces por causa de la separación se oye mal. No empezar, pues, hasta que el micrófono esté a la medida (y cuál es la medida correcta se ha de haber aprendido antes: a un palmo de la boca acostumbra a ser la colocación adecuada).
4. **Leer lentamente.** El principal defecto de los lectores en este país de nervios y de nula educación para la actuación pública es precisamente éste: el leer de prisa. Si se lee velozmente, los oyentes quizás sí conseguirán entendernos, pero lo que leamos no penetrará. Hay que desterrar, pues, el estilo de lector que sube de prisa, empieza la lectura sin mirar a la gente, y marcha más de prisa aún. Y no es eso: hay que llegar al ambón, respirar antes de empezar, leer haciendo las pausas en las comas y haciendo una respiración completa en cada punto, dejar una pausa antes de decir "Palabra de Dios", escuchar desde el ambón la respuesta del pueblo, y luego volver hacia el sitio. Aprender a leer sin prisas, con aplomo y seguridad, ciertamente cuesta: por ello es importante hacer tantos ensayos y pruebas como sean necesarias: ¡es la única forma!
5. **Vocalizar.** Esto es: remarcar cada sílaba, mover los labios y la boca, no atropellarse, no bajar el tono en los finales de frase. Sin afectación ni comedia, pero recordando que se está actuando en público, y que el público tiene que entender bien. Y una actuación en público es diferente a una conversación en la calle.
6. **Mirar a la gente.** Los ojos no han de estar fijos todo el tiempo en el libro, sino que de vez en cuando hay que levantarlos y dirigirlos con tranquilidad a los que nos escuchan. Eso crea el clima de comunicación necesario para una buena lectura. Y precisamente, ayuda a remarcar las frases más importantes: mirar a la gente en una frase importante la hace penetrar más. Además ayuda al clima de lectura lenta que hemos dicho.
7. **Leer con la cabeza alta.** La voz resulta más clara y el tono más elevado. También así se puede mirar más fácilmente a la asamblea. Si es necesario, se puede coger el libro levantándolo, para no tener que bajar la cabeza.

Salmo responsorial

— El salmo es un elemento lírico, de meditación, de respuesta del pueblo ante la Palabra de Dios. Es responder a Dios que nos habla, pero responder con palabras que vienen de la Escritura misma. Es recoger la tradición de plegaria del pueblo de Dios, la tradición de plegaria que viene de la inspiración divina. Es vincularse a la amplia corriente de sentimientos de alabanza, de arrepentimiento, de acción de gracias, de petición, de donde ha surgido la fe de la Iglesia.

— Por ello, porque el salmo tiene este sentido, no debería sustituirse por ningún canto moderno. Si conviene podría sustituirse por un salmo más sencillo —de más fácil comprensión o de más fácil canto—, que tenga relación con los sentimientos del tiempo litúrgico correspondiente (Ordenación general del Misal Romano, 36).

— La manera mejor de proclamar el salmo es que un cantor cante los versículos y el pueblo responda con la antifona correspondiente, intercalada sobre cada estrofa. Allí donde ello no sea posible, es decir, donde no haya alguien que sepa cantar bien, convendría por lo menos hacerlo así, en las fiestas más importantes: así se crea un clima de plegaria, de contemplación. En el *Libro del salmista* (Coeditores Litúrgicos, Barcelona 1986) se encuentra la música de las antífonas y las estrofas de todos los domingos de los tres ciclos. El esfuerzo vale la pena.

— Si no puede cantarse el salmo, la manera más sencilla será, normalmente, que un lector o salmista proclame las estrofas, y que el pueblo responda con el canto intercalado de la antifona correspondiente. A propósito de esta antifona hay que decir que, si bien lo ideal sería que se cantara la antifona que indica el Leccionario (es la que da al salmo el sentido propio que lo une con las lecturas o con el tiempo litúrgico), no se ha de absolutizar este ideal: es mejor que todos canten una antifona conocida aunque no sea la del leccionario (pero que tenga un sentido parecido al del leccionario, eso sí), que no que el cantor tenga que cantar él solo una antifona que no conoce nadie. ¡Sin que ello quiera decir, claro está, que no sea necesario esforzarse en aprender cantos y antífonas nuevas!

— Cuando el salmista no canta las estrofas sino que solamente las proclama, el carácter de plegaria del salmo podría resaltarse con un suave acompañamiento musical de fondo (órgano o guitarra, o algún instrumento de percusión). Procurando, claro está, que la música no ahogue la palabra.

— El salmista que ha de proclamar las estrofas tendría que ser otro distinto del que ha leído la primera lectura: quizás convendría que fuera, si las estrofas no se cantan, el mismo que dirija la antifona de respuesta.

— Lo que debe evitarse siempre es hacer repetir al pueblo la antifona sin canto, de memoria. Si el objeto del salmo responsorial es crear un clima

de contemplación y respuesta a la Palabra de Dios ¿cómo será posible que se consiga si todos tienen que estar pendientes de no olvidar la antifona que han de repetir? Si no hay posibilidad que la gente cante una antifona de respuesta, será mejor que el salmo se proclame simplemente, y que la asamblea lo escuche sin responder nada. O bien que al principio y al final del salmo el lector lea la antifona y el pueblo la repita.

Evangelio

— El evangelio —la última de las lecturas de la Liturgia de la Palabra— tiene un relieve especial, subrayado por una serie de signos que destacan el carácter de Palabra de Jesucristo que se dirige a la asamblea. El evangelio, en efecto, es recibido con un canto de aclamación, se escucha con toda la asamblea puesta en pie, es leído por un ministro propio (un diácono o un sacerdote), se inicia con un saludo que no se da en las otras lecturas, se hace la señal de la cruz, se inciensa el leccionario, y al final se besa. Todos estos elementos, utilizados con más o menos relieve según el tipo de asamblea y según la solemnidad del día, resaltan el tono especial que tiene aquella lectura.

— *La aclamación del evangelio* es el acto de recepción de la asamblea a la Palabra que se leerá. Consiste en el canto del aleluya por parte de toda la asamblea, acompañando el canto o la proclamación (con música de fondo, si ello es posible) de un versículo introductorio al evangelio (en tiempo de Cuaresma, el canto del aleluya se sustituye por otra aclamación a Jesucristo). A veces, cuando este aleluya tiene un desarrollo musical lo suficientemente amplio, o tiene algún versículo propio, sería mejor no proclamar el versículo del leccionario: de lo que se trata, en efecto, es de resaltar sobre todo el carácter de aclamación que tiene este momento. En cambio, lo que no se ha de hacer, es leer el versículo sin cantar el aleluya, o recitándolo simplemente: entonces, es mejor suprimirlo, a no ser que sea muy bien proclamado.

La aclamación ha de aparecer claramente vinculada al evangelio. Así, durante este canto hay que preparar el incienso si se usa, y hacer, si la hay, la procesión hacia el lugar de la lectura, de manera que cuando termine la aclamación empiece enseguida la lectura del evangelio. De la misma manera, si hay monición antes del evangelio, ha de leerse antes de la aclamación, y es aconsejable que termine invitando a la asamblea a ponerse en pie, antes de empezar el canto. Finalmente hay que evitar siempre que quien lea el versículo sea el mismo que ha leído la segunda lectura (esta aclamación no tiene ninguna relación con la segunda lectura): lo mejor será que lo lea quien dirige el canto.

— La lectura del evangelio, más aún que cualquier otra lectura de la misa,

requiere un especial tono de solemnidad. Una lectura lenta, dirigida a los asistentes, remarcando las frases fundamentales. El mismo texto —frecuentemente narrativo y dialogal— lo facilita. Un evangelio bien leído es mucho más importante que la homilía que le seguirá y ello debe notarse.

— La lectura concluye con una nueva aclamación: “Palabra del Señor — Gloria a ti, Señor Jesús”. Sería conveniente acostumbrarse de manera habitual a cantarla, para resaltar la relevancia que para los creyentes tiene la Buena Noticia de Jesucristo. También, en algunos casos, podría repetirse aquí el aleluya, especialmente en el tiempo de Pascua. Y además de esos cantos, cabe señalar también la conveniencia de cantar, en las fiestas más solemnes, el diálogo con el que se inicia la lectura.

La homilía

— Lo primero que conviene recordar es que la homilía constituye una parte de la celebración eucarística. Ni más ni menos. Una parte sin duda importante porque puede aportar un elemento de actualización de lo que celebramos, un elemento que ayude a la vivencia cristiana. Pero también una parte en el interior de la celebración que —ni por el tiempo que ocupe, ni por el tono o contenido— tiene que ahogar lo que es más importante (la lectura de la Palabra, la celebración de la Eucaristía). No es buen signo el que los asistentes escojan la misa en la que participan en función del “sermón”, pero tampoco lo es el que la parte que les resulte más pesada o más insignificante sea la homilía. Sería necesaria, por tanto, una cura de humildad en los responsables de la homilía: ni protagonismo ni rutina, sino servicio a la vida cristiana de los asistentes y servicio a la vivencia de la celebración.

— Según el Vaticano II “en la homilía se exponen los misterios de la fe y el camino de la vida cristiana a base del texto sagrado, durante el curso del año litúrgico” (Constitución sobre liturgia, n. 52). Y la Ordenación general del Misal Romano indica que “conviene que sea una explicación o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la Misa del día, teniendo siempre presente el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes” (n. 41). De lo que podríamos deducir que:

- a) la homilía es una proclamación —explicada y adaptada— de la fe cristiana, del anuncio del evangelio, de la fe de la Iglesia. Y no una comunicación de la fe subjetiva o de las opiniones personales del predicador.
- b) esta proclamación debe basarse realmente —no simplemente como una “anécdota” de la que pronto se prescinde— en los textos bíblicos que se han leído. No se trata de hacer, desde luego, una explicación ex-

haustiva, pero sí ser fieles a la misión de la homilía que es ayudar a captar y vivir la Palabra de Dios, no a sustituirla o tomarla como ocasión para exponer obsesiones personales del predicador. Recordemos, también, que además de las lecturas bíblicas, se podrá y convendrá en ocasiones comentar otros textos y realidades de la celebración eucarística. Y ayudar a relacionar la Palabra con la Eucaristía.

- c) pero también, y no es en absoluto contradictorio, la homilía debe tener muy en cuenta los problemas, las necesidades, la realidad de la vida cristiana y humana de los oyentes. La homilía no es una lección sino una palabra de vida. Tiene que ayudar, tiene que comunicar esperanza. El predicador no es un juez, sino un servidor. Tiene que saber unir comprensión con exigencia, siguiendo el ejemplo de Jesús. Tiene que saber hablar en nombre de Dios —¡terrible responsabilidad!— pero también como hermano de todos los que le escuchan (y eso sólo podrá hacerlo si conoce y comparte su vida).

— Quizá el momento más importante de la homilía no sea tanto el de pronunciarla como el de prepararla. Y hay que reconocer que bastantes responsables de la homilía no dedican suficiente tiempo a su preparación. Y entonces es inevitable que a menudo las homilías sean repetitivas, sin garra, divagatorias. Lo cual es especialmente grave cuando —como sucede en la mayoría de las misas dominicales— los mismos asistentes oyen todos los domingos al mismo predicador. Como decía un laico: “Lo que a mí me cansa no es escuchar todos los domingos la misma plegaria eucarística, sino escuchar todos los domingos el mismo sermón”. Habría que dedicar un buen rato a leer las lecturas del domingo o fiesta correspondiente; leer también algunos comentarios a las lecturas y sugerencias para la homilía (las que publica “Misa Dominical” u otros servicios similares); dedicar al tema algún espacio de plegaria personal; ver qué problemas de la vida cristiana y humana quedan afectados por esas lecturas (quizá en ocasiones el proceso podrá ser al revés: ante los problemas agudamente presentes en la realidad cristiana y humana, ver qué respuesta ayuda a dar la Palabra de Dios); confeccionar un esquema... Esta última etapa depende mucho del talento de cada predicador (desde el que prefiere escribirla, quizá aunque luego no la lea tal cual, hasta el que le basta con tener “in mente” el esquema); quizá, para la mayoría, el mejor sistema sería tener delante un esquema, con alguna frase especialmente importante ya escrita. Sin olvidar que en el esquema deberá figurar algún ejemplo, algún hecho. Y lo que siempre se deberá evitar es la improvisación: si no ha sido posible prepararlo, siempre será mejor leer algún texto como el “proyecto de homilía” que incluye “Misa Dominical”, que salir como el toro a la plaza sin saber por dónde embestir (improvisar es el mejor modo de cansar).

— La homilía es —según las normas litúrgicas— tarea del presidente de la celebración. Ello no impide que en casos excepcionales (por ejemplo, ce-

lebrantes muy mayores) pueda hacerla otro sacerdote o diácono que esté presente en *toda* la celebración. Y, especialmente, no impide que en la preparación participen otros sacerdotes y laicos. La preparación de la homilía en grupo (grupos de sacerdotes, grupo de sacerdotes y laicos, el predicador con un grupo de laicos) es evidentemente recomendable. Pero la experiencia parece confirmar que es difícil lograrlo (no es fácil reunirse todas las semanas un grupo que, por otra parte, haya leído y reflexionado antes las lecturas...). Quizá habría que buscar soluciones intermedias como la de convocar una reunión preparatoria de sacerdotes y laicos — que previamente hayan recibido el material necesario para prepararlo— antes de los tiempos litúrgicos más importantes, para reflexionar sobre las líneas básicas de las homilías durante el Adviento o la Cuaresma o la Pascua... Y también, en otras ocasiones, convocar una reunión con asistentes habituales de las misas para que puedan decir libremente lo que piensan, lo que desearían. Como también, por ejemplo una vez al año, hacer una encuesta anónima entre todos los asistentes a las misas dominicales (una encuesta que sea fácil de contestar).

— La misa dominical no parece la ocasión más propicia para hacer una homilía “*participada*” (como puede hacerse en celebraciones de pequeños grupos). Sólo en el caso de una misa a la que asista poca gente y habitualmente la misma, podría hacerse. Pero incluso en este caso, el celebrante debe procurar que sea realmente una homilía y no una simple yuxtaposición de sentimientos subjetivos (sin olvidar que casi siempre son unos pocos los que hablan y más los que callan). Otra cosa sería que en celebraciones extraordinarias, y debidamente preparado, algún laico introdujese el comentario homilético, haciéndose eco de algún trabajo previo hecho en la comunidad —o en algún grupo de la comunidad (jóvenes, catequesis, etc.). Será probablemente escuchado con especial atención, pero precisamente por tratarse de un hecho “extraordinario”.

— Recordemos finalmente algunos aspectos concretos. En primer lugar, la duración: siempre es preferible *la brevedad* que no el alargarse y cansar (dicen los expertos que difícilmente es posible conservar la atención más allá de ocho minutos, especialmente en nuestra cultura basada más en imágenes visuales (TV) que en palabras). A menudo una homilía larga es fruto de no haberla preparado debidamente. Y si los asistentes habituales temen que, como todos los domingos, el celebrante se alargará, ya no prestan atención. Notemos también que, en una homilía de nueve minutos, será necesario que —más o menos, evidentemente— en el minuto tres y en el minuto seis, se intercale alguna expresión, algún ejemplo o hecho, que ayude a renovar la atención.

— Respecto al *lugar* desde el cual hacer la homilía, el más indicado —el que debería ser habitual si la distribución de los “lugares” de la celebración lo permite— es la sede del celebrante. No desde el lugar desde el que se han leído las lecturas (para significar que la homilía no es “Palabra de

Dios” sino comentario inevitablemente personal). Quizá sería mejor que el predicador hablase sentado y no de pie (lo que quizá ayuda a significar y darle un tono más “exhortativo-fraternal” que “imperativo-dominante”).

— Conviene que la homilía acabe con el llamado “paso al rito”. Es decir que introduzca a la celebración de la parte propiamente eucarística. No de modo rutinario, sino intentando subrayar algún aspecto de la celebración eucarística que tenga especial relación con las lecturas, con el sentido de la fiesta, o con el contenido concreto de la homilía. O, simplemente, exhortar a convertir en oración lo que se ha escuchado en la primera parte de la misa.

— Después de la homilía convendría habitualmente dejar un breve espacio de *silencio*. Breve (no se trata de hacer “meditación”). Basta con medio minuto, por ejemplo.

— Como reflexión más amplia de todas estas cuestiones, recomendaríamos el dossier de J. Aldazábal publicado en esta misma colección y titulado *El arte de la homilía*.

Profesión de fe

— Después de la homilía —y del breve silencio reflexivo si lo hay— se recita la profesión de fe. Esta profesión de fe no se proclama en todas las misas, sino sólo los domingos y fiestas principales: de hecho, en otros momentos de la misa y bajo otras formas, hay también “profesiones de fe”. Pero los días que la Iglesia indica que debe hacerse, tiene un sentido que vale la pena valorar: colocada como una especie de adhesión solemne a la liturgia de la Palabra que se ha celebrado, la profesión de fe recuerda el bautismo (precisamente es en este momento cuando en la vigilia pascual tiene lugar el bautismo) y es un buen elemento de comunión con los demás cristianos (incluso los que no pertenecen a la Iglesia católica). Y además, hace tomar conciencia de que la fe no es solamente una confianza abstracta en Dios, sino algo que se refiere a una obra concreta que Dios, Jesucristo y el Espíritu han realizado en los hombres.

— Es muy difícil recitar bien el credo: se tiende a decirlo de prisa, y de este modo pierde mucho sentido. Hay que procurar por tanto, conseguir una buena recitación, a un ritmo adecuado, pausado. Quizás en algunas ocasiones se podría hacer a dos coros.

— Actualmente están previstas dos fórmulas para la profesión de fe. En primer lugar, el llamado “credo niceno-constantinopolitano”, que es la síntesis y el símbolo de fe que recoge el trabajo doctrinal realizado por los primeros concilios de la iglesia: tiene, pues, todo el valor de un signo de identidad eclesial. Y junto con él, la fórmula más antigua y simple co-

nocida como “Símbolo de los Apóstoles”, que hasta la reforma litúrgica fue la única conocida en las lenguas vivas, por ser la que se aprendía en el catecismo mientras que la otra sólo se sabía en latín. Ambas fórmulas deberían alternarse (por ejemplo, el “Símbolo de los Apóstoles”, más claramente centrado en el misterio pascual, podría utilizarse en Cuaresma y Pascua). También algunas veces será adecuado emplear la forma dialogada que el misal propone para la Vigilia Pascual.

— Finalmente, cabe referirse a las formulaciones modernas de profesión de fe, algunas afortunadas, y otras menos. ¿Es oportuno usarlas? Parece más bien que en las celebraciones habituales y abiertas no, por el valor de universalidad eclesial que es especialmente importante en la profesión de fe, y que se nota por ejemplo en el hecho de que los asistentes no habituales puedan profesar la fe con las mismas palabras que en todas las iglesias.

La oración de los fieles

— Después de escuchar la Palabra, la asamblea de fieles se dispone a celebrar la Eucaristía. Pero antes, como pueblo de Dios reunido, mira hacia el mundo y ora por él: es la oración de los fieles, que es oración universal. Como Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, el pueblo de Dios reunido continúa esta obra mediadora presentando ante Dios el mundo y sus necesidades. La gran plegaria del Viernes Santo muestra de manera especialmente significativa este sentido de la oración de los fieles.

— El orden de la oración de los fieles es el siguiente: una monición dicha

PLEGARIAS ESPONTANEAS

Las plegarias espontáneas ayudan a concretar y a acercar este momento de la celebración. Como contrapartida, tienen el problema de referirse muchas veces sólo a cosas muy propias de la comunidad o muy intimistas, desnaturalizando así el tono universal que esta plegaria debe tener.

¿Qué hacer? Si la celebración se hace en un grupo pequeño, y se considera conveniente hacer las plegarias de manera espontánea, el presidente o algún otro debería suplir las faltas de universalidad que muy probablemente se darán. Si la celebración es en una asamblea dominical normal, es mejor que primero se lean unas intenciones ya preparadas y que tengan el tono de plegaria universal, y que en algún caso se deje espacio —si la asamblea está preparada— para intenciones más espontáneas (que, con todo, sería aconsejable que quienes piensen hacerlas las hayan escrito, para evitar “suspenses” y equivocaciones).

por el celebrante, la lectura de las intenciones con la respuesta del pueblo, y una oración conclusiva del celebrante.

— En la oración de los fieles tendrían que estar siempre presentes estos cuatro apartados: 1) la Iglesia y las necesidades de su misión; 2) los dirigentes de los asuntos públicos y la vida del mundo entero; 3) los que viven alguna dificultad o sufrimiento; 4) la comunidad local, su trabajo y sus necesidades. Aunque no necesariamente en este orden.

— Teniendo esto en cuenta, la libertad para redactar y organizar las plegarias puede ser muy grande. Para redactarlas, es necesario ser sensible a la situación actual del mundo y de la Iglesia, y estar atento al mismo tiempo a los problemas que viven los hombres y las mujeres del propio lugar. Y es necesario también tener un poco de sentido poético, para que no se convierta la plegaria en una lista de ideas monótona y prosaica.

— Sería desnaturalizar la oración de los fieles convertirla en un momento de concienciación, de información o de cosas por el estilo. Ciertamente que según el tipo de plegarias que se hagan se transmitirá un tipo de visión de la Iglesia y del mundo más cerrada o más abierta, y eso es también una adecuada manera de aplicar la Palabra de Dios (por ejemplo: pedir “que Dios proteja a los gobernantes y dé espíritu de obediencia a los súbditos” es transmitir un tipo de visión del mundo cerrada y dictatorial que hay que evitar y sustituir por una visión más abierta y democrática). Pero el querer transmitir esta visión no ha de llevar a olvidar que el sentido de la plegaria es precisamente éste: ser una plegaria. Y que, por tanto, el tono ha de ser lo bastante sereno como para facilitar que los asistentes se vean de verdad ante Dios presentándole las necesidades de los hombres.

— Otro peligro es convertir la plegaria en algo cerrado dentro de la comunidad: una serie de intenciones pidiendo “que sepamos hacer esto” o “que seamos conscientes de aquello”. Entonces ya no será una plegaria universal, sino otra cosa. Desde luego que toda plegaria debe implicar la voluntad de compromiso por parte de quienes la hacen, pero ello no quita el valor fundamental de este momento de la celebración: presentar ante Dios a todos los hombres y sus necesidades... incluso, sin pedir por este grupo humano o aquella situación nada en concreto, sino simplemente recordarlos ante Dios.

— Pero el peligro principal es, probablemente, el de la irrelevancia. Es decir, el convertir este momento en un conjunto de intenciones que se dicen de prisa y que no llegan a significar nada importante para quienes las oyen. Para evitarlo, lo primero es que las intenciones estén bien hechas y hagan referencia a realidades próximas para los asistentes. Pero además es también importante la manera de decirlas. Es necesario, sobre todo, que quien las lea lo haga lentamente, con pausas suficientes des-

pués de cada intención y antes del “roguemos al Señor” que invitará a la respuesta del pueblo, y también con pausas antes de empezar la nueva intención. No es recomendable hacer leer normalmente las intenciones a varios lectores: los lectores se atropellan, el micrófono no está a la altura adecuada para cada uno y no se oye, etc.; si se hace entre varios lectores, hay que asegurar que la lectura se desarrolle con la necesaria serenidad.

— Un elemento que vale la pena introducir de manera habitual es la respuesta cantada de los fieles. Cantar la respuesta da relieve al momento, y destaca el papel del pueblo como “presentador” ante Dios de las intenciones expresadas. Porque lo más importante no es tanto el texto de la petición, como el hecho mismo del pueblo cristiano que ora. Como —si se nos permite la comparación— en las letanías lauretanas a la Virgen, lo importante no es —o era— tanto la invocación como el sencillo “ora pro nobis”.

LITURGIA DE LA EUCARISTIA

De la Palabra se pasa al Sacramento. De lo que da un sentido distinto a cada domingo (las diferentes lecturas) pasamos a lo que hace que cada domingo sea igual y fundamental (el memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo).

Jesús, el día antes de su pasión,

- *tomó el pan (y la copa)*
- *dijo la acción de gracias*
- *lo partió*
- *y lo dio a sus discípulos.*

Ahora también nosotros,

- *preparamos el pan y el vino en la presentación de las ofrendas*
- *decimos la acción de gracias en la plegaria eucarística*
- *partimos el pan en la fracción*
- *y lo repartimos en la comunión.*

De los cuatro pasos, dos son centrales: primero, la plegaria eucarística, que es la acción de gracias por la salvación, por la cual el pan y el vino se transforman en el cuerpo y sangre de Jesucristo; y, segundo, la comunión, por la cual participamos de este cuerpo y sangre.

Junto a estos dos elementos centrales, hay dos que tienen más bien carácter de preparación: la plegaria eucarística es precedida por la preparación de las ofrendas, y la comunión es precedida por la fracción del pan (con el padrenuestro y el gesto de la paz).

El repaso de la liturgia de la Eucaristía lo realizaremos en tres apartados:

- 1. La preparación de las ofrendas*
- 2. La plegaria eucarística*
- 3. La comunión (incluyendo aquí su preparación).*

LA PREPARACION DE LAS OFRENDAS

EL SENTIDO

— *Antes este momento de la celebración se llamaba “ofertorio” y se acentuaban los aspectos de ofrenda de los hombres a Dios, o de sacrificio y ofrenda de Jesucristo. La verdadera ofrenda de Jesucristo (y de la asamblea unida a él) tiene lugar en la plegaria eucarística. En cambio, lo que en este momento se hace, es la preparación de todo aquello que después se usará en la plegaria eucarística. Como Jesús que “tomó el pan” antes de “decir la acción de gracias”.*

Convendrá procurar, pues, que todo lo que se haga, diga y cante en este momento sea en la línea adecuada.

— *La preparación de las ofrendas debería ser un momento de calma entre dos momentos fuertes: la liturgia de la Palabra que exige intensa atención, y la plegaria eucarística que exige también una fuerte comunión de espíritu. Entre estos dos momentos, se produce un espacio de calma mientras se prepara el altar, en silencio, o con música de fondo, o con un canto relajante.*

— *Eso no quiere decir, sin embargo, que sea un momento para pasarlo rápidamente. Es necesario, en efecto, que los gestos que se hagan introduzcan verdaderamente a la plegaria eucarística: que se vea que se está preparando la mesa. Es un momento, pues, más de gestos que de palabras. Y que admite mucha variedad y amplitudes muy diferentes.*

PASO A PASO

Preparar el altar y las ofrendas

— Después de la oración de los fieles, todos se sientan, y empieza la segunda parte de la misa con la preparación de las ofrendas. No hay que

empezar hasta que todos estén sentados (y menos empezar a preparar cosas ya durante la oración de los fieles). Conviene también que el presidente de la celebración esté sentado mientras los ministros preparan el altar y colocan las ofrendas: crea más clima de momento de transición y preparación.

- Durante la liturgia de la Palabra la atención de la asamblea se ha centrado en el lugar de las lecturas y en la sede del presidente. Ahora el centro de atención cambia, y pasa al altar. Por ello, será significativo que lo primero que se haga sea disponer el altar para que sea mesa eucarística. Según el relieve que se quiera dar a este momento, ahora se podría extender el mantel, colocar las flores sobre el altar, encender los cirios, poner el misal; si el relieve que se quiere dar es menor, puede hacerse sólo alguna de estas cosas.

- A continuación se llevan las ofrendas del pan y del vino al altar. Aquí las posibilidades son muchas. El máximo relieve que se puede dar a este momento, significando que toda la asamblea aporta las ofrendas para la celebración, es la procesión de ofrendas que se hace desde un lugar visible de la nave por parte de algunos representantes de la asamblea o por quien tenga un especial protagonismo en aquella celebración (por ejemplo, los niños que hacen la primera comunión). Si se hace la procesión, es necesario que las ofrendas aparezcan de forma clara y digna: las cestas del pan, el cáliz para el vino, los recipientes del vino y del agua. Y no se deben mezclar con las ofrendas objetos extraños como purificadores, corporales, etc., y tampoco con ofrendas "simbólicas" (como pusieron de moda las misas retransmitidas por TV) que hipertrofian un momento de la misa que debe ser muy sencillo.

- Si no hay procesión, las ofrendas se llevan (por algún ministro mejor que por el celebrante) desde la credencia.

LA IMPORTANCIA DE LOS MINISTROS

Ya se ha hablado de este tema en la introducción, pero no resulta superfluo volver aquí sobre él. Aunque fuera sólo para el momento de la preparación de las ofrendas, conviene que el celebrante no esté solo. El celebrante no debería tener que ir a la credencia a buscar los vasos sagrados y el pan y el vino, dejando a la asamblea sin presidencia. Menos aún es aceptable dejarlo todo preparado previamente en un rincón del altar, sin que se pueda hacer entonces el gesto real de traer las ofrendas al altar y prepararlas.

Por tanto, conviene que en el momento de la preparación haya algún o algunos ayudantes que traigan las ofrendas de la credencia y ayuden a prepararlas. Estos ayudantes pueden ser, según los lugares y las situaciones, niños o adultos.

LA COLECTA

"Al empezar la liturgia de la Eucaristía se llevan al altar las ofrendas que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Además, los fieles pueden también presentar dinero y otros dones para ayudar a las necesidades de los pobres o de la Iglesia, o hacer una colecta en la misma iglesia. Estas ofrendas serán colocadas en un lugar adecuado, distinto de la mesa eucarística".

Esto dice la Ordenación general del Misal romano, n. 49. ¿Es conveniente hacerlo? Esto depende ante todo de la sensibilidad del lugar correspondiente respecto a la cuestión de pedir dinero en la iglesia: los excesos cometidos pesan aún en muchos lugares, y quizás lo mejor es colocar unas cajas suficientemente visibles al final de la iglesia (los antiguos "cepillos" pero más dignos y visibles, con alguna frase que indique su finalidad).

Pero en todo caso, lo que hay que decir es que, por sí mismo, tiene sentido añadir a las ofrendas del pan y vino para la Eucaristía la ofrenda de dinero o de otros dones: a la ofrenda sacramental se une la ofrenda personal. Esta ofrenda no debe ser siempre "por las necesidades de la Iglesia". Se pueden recoger ofrendas para la Iglesia, pero hay que recoger también para los pobres. Y estas ofrendas no han de ser siempre de dinero: puede haber comida, ropa o medicamentos para los pobres, o instrumentos necesarios para la vida eclesial, o cosas parecidas.

Quizás lo mejor será en muchos lugares hacer esta colecta sólo en determinados días. Es necesario, entonces, que haya la suficiente gente para hacerla y que se realice con rapidez. Y nunca se empezará el prefacio hasta que la colecta esté totalmente terminada. O, para dar más relieve, puede hacerse estando todos sentados (también el celebrante) mientras suena la música o un canto.

- No es aconsejable llevar el cáliz al altar ya con el vino, sino que es más adecuado llevar el vino en un recipiente y echarlo en el cáliz delante de todos. Porque de lo que se trata es de *preparar*. Y el hecho de poner el vino en el cáliz es un clarísimo gesto de preparación, que entra por los ojos, muestra que en el cáliz hay vino (de lo contrario, sólo se ve el pan, y el vino queda como si no estuviera), y prepara para la plegaria eucarística.

- El presidente de la celebración levanta la cesta del pan y dice —normalmente en secreto, y alguna vez en voz alta— una plegaria de presentación de los dones. Después hace lo mismo con el cáliz. A continuación, si se quiere dar especial relieve a toda esta preparación de la plegaria eucarística, incienso las ofrendas y el altar.

El pan, el vino y los vasos

Un elemento muy importante para la celebración es el tipo de pan que se emplea, y el tipo de vasos y recipientes. Porque son los signos fundamentales de la celebración, y a través de ellos se expresa el sacramento que celebramos.

Los vasos y recipientes han de ser al mismo tiempo sencillos, dignos y de una estética agradable. Y han de recordar verdaderamente la función que cumplen. En este sentido señalaremos:

— El pan ha de ponerse en cestas en las que pueda verse, y no en copones (en los copones, el pan no se ve, y además no tienen ninguna imagen de recipiente para el pan, sino que por el contrario se confunden con los cálices). De la misma manera, no conviene usar una patena para la hostia del celebrante, sino que es preferible ponerla con la de los fieles. Finalmente conviene decir que son muy poco recomendables las cestas que tienen en el centro un espacio para colocar un pequeño cáliz para la comunión por intinción: no dan la imagen de pan y vino como signos diferenciados (de hecho, como diremos al hablar de la comunión, la comunión por intinción —o sea, mojando— es siempre poco recomendable; menos lo será usar este extraño artefacto que no permite distinguir la cesta y el cáliz).

— El pan debería parecer pan, y pan para ser partido. Nuestras pequeñas hostias redondas no resultan, en este sentido, muy recomendables; lo único que las hace admisibles es la facilidad, y éste no es un gran criterio litúrgico. Aunque quizás el problema no tenga solución fácil. Una primera solución sería que las hostias tuvieran un poco más de grosor, y un color más tostado, como se hace en muchos lugares del extranjero. Otra (que es fácil, y recomendamos muy especialmente) es la de usar unas cuantas hostias grandes, y no sólo una; así como mínimo se asegura el

EL LAVABO

¿Se tiene que hacer el rito del lavabo?

Primera respuesta: si se hace de manera vergonzante, mojando los dedos con el agua de una vinajera y limpiándose los con un pequeño trapo, sin duda no debe hacerse. No expresa nada.

Segunda respuesta: si se hace de manera significativa, lavándose realmente las manos y secándose las realmente, como un gesto de purificación, de renovación, de limpieza, como culminación de la preparación de las ofrendas antes de la plegaria eucarística, puede tener interés recuperarlo.

LA DISTRIBUCION DE LOS ELEMENTOS SOBRE EL ALTAR

¿Cómo hay que situar el pan y el cáliz sobre el altar? ¿Cómo hay que poner el misal? ¿Y los cirios y las flores? ¿Y el micrófono?

Sobre estas cuestiones está claro que no se pueden dar "normas". Pero sí se pueden señalar algunos criterios a tener en cuenta:

- Es necesario que el pan y cáliz centren toda la atención y que se vean bien. En consecuencia, conviene no atosigar el altar con instrumentos, libros, papeles, flores... Es necesario que sobre el altar haya estrictamente sólo las cosas necesarias: el pan y el cáliz, el misal (y si es necesario cualquier otro papel o libro hay que tenerlo discretamente arrinconado), la ornamentación de luces y flores adecuadas, que centre más que disperse (ello dependerá mucho del tipo y disposición del altar). No conviene que permanezcan los recipientes del agua y vino ni antes ni después de ser empleados, ni que haya otros objetos extraños. Al mismo tiempo, para centrar la atención en el pan y el cáliz, deben situarse en el centro del altar, y no junto al presidente (como se haría con las bandejas de self-service: la Eucaristía es comida de la comunidad, no del presidente solo).
- El presidente debe poder realizar su acción de manera significativa y cómoda. Por tanto, no es conveniente que el misal esté a un lado, ya que ello provoca decir la plegaria eucarística con el cuello torcido y los brazos de lado; conviene que el misal esté en el centro, para que el presidente pueda permanecer de cara a los asistentes y leer bien. Asimismo, en lo referente a los gestos, otro motivo para que el pan y el cáliz estén en el centro del altar y no tocando al presidente es que así se facilita un gesto amplio y visible de imposición de manos sobre la ofrenda: si el pan y el cáliz están muy cerca, el gesto queda empobrecido.

Por todo ello, parecería que la colocación más recomendable del altar sería la siguiente: junto al presidente, pero en el centro del altar, no a un lado, se coloca el misal; y delante del misal, en el centro del altar, las cestas del pan y el cáliz. El resto de las cosas, deben disponerse según el tipo de altar y su colocación ante la asamblea, de manera que concentren la atención y no la dispersen.

- Las flores y los cirios no necesariamente deben estar sobre el altar. Y, si están sobre el altar, deben colocarse a los lados, en los extremos del altar (mejor los cirios juntos a un lado).



gesto de partir el pan de manera significativa. Finalmente, la tercera posibilidad (sin duda la mejor, a pesar de ser la más complicada) es la de emplear estos pequeños panes sin levadura que en algunos lugares especializados preparan.

Otra cosa importante que se tendría que procurar es consagrar siempre el suficiente pan para comulgar toda la asamblea. El hecho de ir a buscar la reserva del sagrario debería hacerse sólo cuando imprevistamente el pan consagrado en aquella misa no llega para todos (o para cuando haya un exceso de pan consagrado en el sagrario, o para cuando sea necesario cambiar la reserva).

— Hay que velar también por la imagen del recipiente en que se lleva el vino (y el agua) para echarlos en el cáliz. Las vinajeras habituales (dos pequeñas jarras iguales, una para el vino y otra para el agua) no da la imagen adecuada. Habría que diferenciar bien la del vino (que es lo que debe resaltarse puesto que es materia del sacramento) del pequeño y secundario recipiente para el agua. Cuando se tiene previsto dar la comunión con las dos especies, la jarra del vino tendrá que ser mayor y será mucho más clara la distinción. Por el contrario, cuando comulgue con el cáliz el celebrante solo, la jarra será más pequeña, pero tendrá que quedar igualmente diferenciada.

— Cuando hay celebraciones muy numerosas, y sobre todo si la comunión es con las dos especies, existe el peligro de que el altar se convierta en escaparate de cestas y cálices de toda clase. Habría que evitarlo. Lo mejor sería usar sólo algunas (pocas) cestas y cálices lo suficientemente grandes, y después, en el momento de la fracción, llevar al altar todas las cestas y cálices necesarios y distribuir en ellos el pan y el vino. Así, por un lado, la imagen de las ofrendas sobre el altar es más clara y significativa (la abundancia de cestas y cálices hace mal efecto), y por el otro, se significa también la distribución de un único pan y vino a toda la asamblea.

El silencio, el canto y las palabras

— La primera posibilidad para este momento de la presentación de las ofrendas es hacerlo todo *en silencio o con una música de fondo*: las plegarias de presentación de ofrendas (“Bendito seas, Señor”) se recitan entonces en secreto (no en voz baja, que los micrófonos amplían y se oye un murmullo ininteligible). De esta manera, se destaca el carácter de espacio de descanso que tiene esta parte de la celebración, y se pone todo el acento en los gestos de preparación y presentación, que es necesario hacer especialmente visibles.

— La segunda posibilidad es la del *canto*. Puede ser el momento para escuchar la intervención de una pequeña coral (o algún fragmento gregoria-

no), que entonces tiene el mismo sentido que la música de fondo. O puede ser el momento para cantar toda la asamblea: este canto de toda la asamblea es menos recomendable y no se tendría que hacer muy a menudo, ya que obliga nuevamente a la asamblea a estar activa y no permite el descanso del que hemos hablado.

— La tercera posibilidad es *recitar en voz alta* y con respuesta del pueblo las plegarias de presentación del pan y del vino. Ello, evidentemente, no se tiene que hacer nunca cuando hay música de fondo o canto (ni siquiera decirlas en voz baja, sino en secreto, porque se oyen por los micrófonos). No obstante, si hay silencio, convendría recitarlas en voz alta en algunas ocasiones (no siempre): las plegarias están bien hechas, y subrayan el sentido de presentación de ofrendas que tiene este momento. Lo que habría que evitar es la curiosa costumbre introducida en muchos lugares de juntar en una sola plegaria la presentación del pan y del vino: si lo que se quiere es ahorrar palabras, lo mejor es no decir ninguna; por el contrario, juntándolo así, se pierde el gesto de recepción y presentación del pan y del vino por separado: es mejor no decir en voz alta ninguna plegaria y levantar primero el pan y después el cáliz, por separado.

— Existen también en el misal unas breves fórmulas para ser dichas por el celebrante cuando mezcla el agua y el vino, cuando termina de presentar el cáliz, y en el lavabo. Estas oraciones se han de decir siempre en secreto.

— Finalmente, está la invitación a la plegaria (“Orad hermanos...”), con la correspondiente respuesta, y la oración sobre las ofrendas. El “Orad hermanos”, si hay música o canto, pueden recitarlo en privado el presidente y los ministros. La oración sobre las ofrendas, que se recita con la asamblea puesta en pie, es la oración presidencial que cierra toda esta parte y da paso a la plegaria eucarística. El problema es que a menudo el contenido de esta plegaria no consigue realmente este paso: si lo hiciera siempre, no sería necesario, por ejemplo, la monición antes del prefacio. En este sentido el misal alemán ha elaborado un conjunto de oraciones sobre las ofrendas que son un buen modelo de lo que estas oraciones tendrían que ser. Por ejemplo: “Padre del cielo: en tu Hijo ha aparecido la luz que ilumina este mundo y nos alumbra para encontrar el camino. Que en este memorial de su sacrificio que ahora vamos a celebrar, recibamos la vida divina y podamos ser nosotros también luz de los hombres”.

LA PLEGARIA EUCARISTICA

EL SENTIDO

La plegaria eucarística

“La plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración, es el centro y culmen de toda la celebración. El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón hacia Dios, en oración y acción de gracias, y se le asocia en la oración que él dirige en nombre de toda la comunidad, por Jesucristo, a Dios Padre. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio”.

Así dice la Ordenación general del Misal Romano (n. 54). Este momento, pues, debe ser conocido y vivido como momento central, y la asamblea debe sentirse unida en la acción de gracias y en el memorial del Señor.

Los diferentes pasos de la plegaria eucarística

La plegaria eucarística tiene una estructura que es necesario conocer y tener en cuenta. Para dar a cada uno de los momentos su valor, y también para hacer en algún momento (por ejemplo, alguna vez en la homilía) una catequesis a la asamblea. Los pasos principales son los siguientes:

1. Prefacio. No es el “prólogo” de la plegaria (como por el nombre podría parecer), sino la proclamación inicial de los motivos de acción de gracias. Aquí, en efecto, se proclaman los motivos propios de acción de gracias de aquella celebración, que según el momento litúrgico se centrarán en un aspecto concreto de la historia salvadora o la presentarán en general. Y estos motivos girarán siempre (o se concretarán finalmente) alrededor de la obra de Jesucristo. El misal ofrece ahora una gran varie-

dad de prefacios para diversificar estos motivos de acción de gracias (a pesar de que se encuentran a faltar algunos que hicieran referencia a motivos actuales como continuación de la obra de Jesucristo).

2. Aclamación (Sanctus). *La acción de gracias culmina en la aclamación unida de toda la asamblea. Una aclamación que tiene su origen en el conocido texto de la liturgia celestial de Isaías 6,1 ss, y deviene una glorificación al Padre fuente de todo bien y de todas las cosas. La Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo, se unen en una sola alabanza, y todo lo que existe da gracias al Señor.*

UNA PLEGARIA PRESIDENCIAL

La plegaria eucarística la recita el presidente de la asamblea, y la asamblea se une con algunas aclamaciones, y sobre todo con la adhesión personal a aquello que el presidente proclama (¡y esta adhesión a una proclamación bien hecha es una gran forma de participación!).

¿Por qué es una plegaria presidencial?

- Primero, por el sentido mismo de esta plegaria. Es cierto que el presbítero ora aquí en nombre de la asamblea, y por ello habla y reza en plural, y la asamblea se adhiere con el Amén final. Pero al mismo tiempo, el sacerdote no es sólo un representante de la asamblea. Es también representante y signo de Jesucristo, que es quien ha convocado la asamblea alrededor de su mesa: la asamblea eucarística no es un grupo de gente reunida por propia voluntad; es un grupo de gente reunida por Jesucristo, y el sacerdote significa esta convocatoria que no viene de la comunidad misma, sino de fuera de ella (el relato de la cena es buena muestra de ello: Jesucristo, y el sacerdote en su nombre, habla a la comunidad, y sería muy extraño que la comunidad se hablara a sí misma).
- Segundo, por razones de expresividad. Lo que da fuerza, consistencia y ritmo a los diversos momentos de la celebración son los diferentes estilos en que se realiza. Lecturas leídas por un lector, profesión de fe o aclamaciones o padrenuestro recitados por todos, etc. Y plegaria eucarística proclamada en nombre de todos y respuesta en determinados momentos en que se afirma la adhesión: es mucho más fácil la adhesión espiritual a una plegaria eucarística bien proclamada, que a una plegaria eucarística recitada más o menos acompasadamente por todos.

* * * * *

Y ello, notémoslo, también se aplica al caso de la concelebración. El presidente de la concelebración es también uno solo, y debe oírse sólo su voz. Para visibilizar bien esta única presidencia. Y también porque si recitan la plegaria todos los concelebrantes al mismo tiempo no se oye bien y la asamblea no puede seguirla adecuadamente.

3. Transición. *Es el paso de la acción de gracias y la alabanza a la invocación del Espíritu que viene a continuación. La transición más típica es la de la plegaria eucarística II (y más ampliada, la de la III), conocida como "Vere sanctus": "Santo eres en verdad..." En la plegaria eucarística I, en cambio, se sitúan en este momento, antes de la invocación, algunas intercesiones. Y en la IV, este momento se alarga y llega a ser un amplio recuerdo de la obra redentora. Especialmente en la plegaria eucarística II, la transición podría ampliarse añadiendo algunas breves referencias a los temas claves del día o del tiempo.*

4. Epiclesis. *La Iglesia invoca el Espíritu para que aquellas ofrendas se llenen de la fuerza divina y lleguen a ser el cuerpo y la sangre de Cristo. Con esta invocación (que se hace con las manos extendidas) se manifiesta la estructura trinitaria de la plegaria eucarística (y de la vida cristiana en su conjunto): es una acción de gracias al Padre, fuente y término de la creación y la redención; es la presencia de Jesucristo, centro de toda la historia salvadora; es una acción del Espíritu, que reúne a la Iglesia, mueve a los creyentes, y les actualiza la salvación. Hay que advertir que en la plegaria eucarística I esta invocación del Espíritu se hace sin mencionarlo directamente.*

5. Relato de la cena. *La fe cristiana se centra en un acontecimiento: la muerte y la resurrección de Jesucristo. También la plegaria fundamental cristiana se centra en el relato de un acontecimiento, relato que es memorial, presencia (y no sólo recuerdo lejano). El centro de la plegaria eucarística nos hace pasar de un estilo de acción de gracias y de invocación, a un estilo de narración: narrando los acontecimientos de la "noche antes de su pasión", y reproduciendo las palabras de Jesús, se renueva su presencia entre nosotros.*

6. Aclamación. *La asamblea aclama el acontecimiento del cual son sacramento el pan y el vino. Lo aclama recordando que allí se hace presente toda la historia salvadora: el misterio pascual de Jesucristo, y la espera de su segunda venida.*

7. Anámnesis o memorial. *En la misma línea de la aclamación del pueblo, y respondiendo al mandamiento de Jesucristo ("Haced esto en conmemoración mía), la Iglesia —representada por el presidente de la asamblea— recuerda el sentido del sacramento: es el memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo; es garantía de la Pascua definitiva. Téngase en cuenta que esta referencia de la Pascua definitiva (la segunda venida de Jesucristo) sólo se encuentra en las plegarias III y IV, y no en la I y II.*

8. La ofrenda y la segunda epiclesis. *El memorial del misterio pascual de Jesús lleva a presentar al Padre este sacramento que es la única ofrenda que ha realizado plenamente la unión entre Dios y los hombres, el único*

sacrificio —la única donación hasta el extremo por amor— que ha cumplido definitivamente lo que los antiguos sacrificios no podían realizar. Junto con esta ofrenda, la Iglesia invoca nuevamente el Espíritu, para que la obra realizada por Jesucristo continúe en los que celebran el memorial, y realicen también como comunidad de creyentes, aquello que Jesucristo realizó. Todo este conjunto de ofrendas y segunda epiclesis, aparece de maneras muy diversas según cada una de las plegarias eucarísticas, pero las ideas de fondo son siempre las mismas (en la plegaria eucarística I, tampoco aquí se nombra al Espíritu Santo, si bien parece que “tu ángel” podría ser que se refiriera a él).

9. Intercesiones. *La plegaria eucarística, que es acción de gracias y memorial de la obra salvadora, no olvida que la salvación definitiva no ha llegado aún y que estamos en camino. No es una plegaria que quiera olvidar el camino duro y doloroso que los creyentes hemos de recorrer. Por ello, ahora pasamos a recordar las necesidades de la Iglesia y del mundo. No las recordamos de una manera tan específica como en la plegaria de los fieles, sino de manera más general, y centrándonos sobre todo en la Iglesia. Pero las recordamos. En este momento se podría, en determinados casos, adaptarlas a hechos concretos (¡pero sin ampliar ni desproporcionar el conjunto!). La plegaria eucarística I tiene ya intercesiones antes de la epiclesis y el relato de la cena.*

10. Doxología. *Es la aclamación final al Padre, por Jesucristo, en la comunión del Espíritu Santo. Y es el momento en que la asamblea expresa su adhesión a la plegaria con el Amén.*

¿Qué plegaria eucarística?

La primera edición del Misal Romano ofrece cuatro plegarias eucarísticas. Luego han aparecido otras (sobre la reconciliación, para las misas con niños). En la nueva edición del Misal se recogen todas estas además de otra nueva, la llamada Plegaria eucarística V.

1. Plegaria eucarística I. *Se conoce también como canon romano (“canon” quiere decir “norma”), porque era la plegaria eucarística típica de la liturgia romana, la única que se decía hasta la reforma conciliar. Es larga y no presenta los elementos tan ordenados como las demás plegarias. Pero tiene el gran valor de la tradición; no es conveniente dejarla de lado, especialmente en los días más solemnes. Para estas misas más solemnes, precisamente, ofrece determinadas fórmulas propias.*

2. Plegaria eucarística II. *Es la más esquemática y sencilla, y su valor es precisamente éste: el de mostrar de manera especialmente clara los pasos y la estructura fundamental de la plegaria eucarística. Por esta brevedad resulta especialmente necesario recitarla pausada y expresivamente. La plegaria ha sido redactada siguiendo muy de cerca una de las plegarias eu-*

INVENTAR LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

No debe “inventarse” la plegaria eucarística en una asamblea dominical. Primero, porque decir las plegarias del misal es un signo de comunión eclesial. Y segundo, más prácticamente, porque una plegaria eucarística ha de estar bien hecha, sobria, capaz de ser significativa para el mayor número de miembros de la asamblea. Por el contrario, si se improvisa, normalmente resultará una plegaria más bien subjetiva, y nada sobria. Por otro lado, el hecho de que la plegaria ya “suene” y no sea una constante novedad, facilita mucho más la adhesión de la asamblea y la creación de un tranquilo ambiente de plegaria.

Lo que, en cambio, sí podría hacerse en alguna ocasión es prever pequeños añadidos y variaciones, que sin romper el ritmo de lo que es conocido, adapte y aproxime la plegaria, y despierte la atención. Ello, donde más fácil resulta de hacer es en la Plegaria Eucarística II, sobre todo en el “Vere sanctus” (añadiendo alguna o algunas frases que ayuden a vivir el sentido del día o del tiempo), y en las intercesiones (añadiendo alguna breve adaptación).

carísticas más antiguas que se conocen, la anáfora de Hipólito. Contiene un prefacio propio, pero este prefacio puede ser sustituido por cualquier otro.

3. Plegaria eucarística III. *También presenta claramente los pasos de la plegaria eucarística, pero de una manera más amplia, más desarrollada.*

4. Plegaria eucarística IV. *Es una plegaria de estilo oriental, que presenta ampliamente los motivos de acción de gracias, y por su estilo es fija toda ella, incluyendo el prefacio (el prefacio, en efecto, da gracias por la obra de creación, mientras que después del Sanctus, antes de la epiclesis, da gracias por la obra de la salvación: por ello no conviene cambiar el prefacio).*

5. Plegaria eucarística V. *Se trata de una plegaria aprobada originariamente a petición del episcopado suizo, con ocasión de un sínodo del año 1974. Utiliza un lenguaje notablemente actual y afortunado. Dentro de la estructura normal de la plegaria eucarística, presenta cuatro variantes, todas en torno a un tema común: el “camino”. Los matices de las cuatro podrían describirse así: “Dios guía a su Iglesia”; “Jesús, nuestro camino”; “Jesús, modelo de amor”; “La Iglesia, en camino hacia la unidad”. El prefacio es propio, distinto para cada una de las cuatro variantes.*

6. Plegarias eucarísticas “de reconciliación”. *Escritas con motivo del año santo de 1975, estas plegarias se centran en el tema de la reconciliación con Dios (y la reconciliación entre los hombres) alcanzada por Jesucristo. Tienen una especial fuerza bíblica y existencial. El prefacio es propio para cada una de las plegarias y no cambia. Las plegarias eucarísticas “de*

reconciliación” pueden utilizarse muy adecuadamente algún domingo de Cuaresma y algunos del tiempo ordinario.

7. Plegarias eucarísticas para las celebraciones con niños. *Tres son las plegarias eucarísticas que se ofrecen para las celebraciones con niños. Las tres desarrollan diversos elementos que en las plegarias eucarísticas normales no lo están tanto: por ejemplo, la primera plegaria desarrolla el prefacio y el sentido de acción de gracias, incluyendo además fragmentos del Sanctus como aclamaciones; la tercera plegaria desarrolla la anámnesis e incluye una aclamación repetida tres veces que la subraya. Por otra parte, como dice la introducción a las plegarias, se han redactado con unas expresiones sencillas, pero sin caer en el infantilismo. Para usarlas tienen que haberse preparado bien, especialmente si se quieren emplear todas las aclamaciones previstas: si no hay un monitor o cantor que inicie las aclamaciones y a quien pueda unirse la asamblea, toda la plegaria quedará desordenada, sin ritmo y llena de intervenciones fuera de lugar. Variando quizás alguna de las expresiones excesivamente infantiles, estas plegarias podrían ser utilizadas también en otros tipos de asambleas.*

PASO A PASO

Observaciones generales

— Llegamos al momento cumbre de la reunión dominical. El momento en que corresponde de modo especial al presidente hacerlo vivir a toda la asamblea. El momento en que la palabra, el tono, el gesto... han de conseguir que la asamblea se sienta unida en la acción de gracias y la invocación. Cuando se celebra la eucaristía con un grupo pequeño, las palabras y los gestos han de ser sencillos, y a través de la proximidad se creará la comunión entre todos los participantes. Pero cuando la asamblea es numerosa, la unión de todos se creará de una manera más teatral, más escénica. Y no hay que tener miedo de ello: no es falta de autenticidad hacer una declamación adecuada a la plegaria eucarística; no es falta de autenticidad, porque es hacer aquello que más facilitará la unión de toda la asamblea, que necesita que su presidente actúe como presidente:

1. No son iguales todas las asambleas ni todos los días. Una asamblea más numerosa exigirá un tono y un gesto más amplio que una más reducida. Una asamblea que viva la celebración más intensamente invitará al celebrante a una plegaria más intensa que una que la viva menos. Una celebración en un día de fiesta especial invitará también a una mayor fuerza en la proclamación de la plegaria que un día normal.

2. No son iguales tampoco todos los presidentes de celebración. Y por ello lo que en uno creará clima o intensidad de plegaria, en otro resultará

forzado y contraproducente. Hay que saber, por tanto, las propias posibilidades y actuar en consecuencia. Pero también hay que saber lo que son tics o timideces innecesarias que desfiguran la propia labor presidencial y corregirlas: no vale decir “yo soy así” y quedar tranquilo.

3. No hay que “pasarse”. Sería pasarse el hecho que para lograr una plegaria con más autenticidad, o con más proximidad, o con más devoción, o con más solemnidad, se tome un tono demasiado intimista, o subjetivista, o psicologizante, o ampuloso. El tono podrá tener más o menos intensidad, o más o menos fuerza, pero deberá ser siempre natural y apto para que todos se puedan encontrar cómodos: no como una plegaria personal del presidente dicha en público, sino como una plegaria de todos dicha por el presidente.

4. Habrá que estar atento a las diferentes intensidades que tiene la plegaria y adecuar tanto el tono de la voz como los gestos: por ejemplo, el prefacio debe recitarse con un tono y gesto de proclamación, mientras que la narración de la institución pide ser dicha más pausadamente, resaltando más las palabras (sin exagerarlo, claro está).

— La adhesión de la asamblea a la plegaria eucarística se realiza sobre todo con la unión silenciosa a las palabras del presidente, y esta adhesión es un verdadero y alto grado de participación (en un buen espectáculo, los espectadores pueden participar muy a fondo sin necesidad de decir una sola palabra). Pero, esta adhesión también se realiza mediante algunas intervenciones de adhesión y de aclamación que es necesario resaltar: las respuestas al diálogo inicial, el sanctus, la aclamación del memorial, el Amén final. Estas intervenciones tendrían que ser potentes, verdaderos momentos de incorporación a las palabras presidenciales, y cantadas siempre que fuera posible (a pesar de que las músicas que existen son en general un tanto apagadas). En las plegarias eucarísticas para niños están previstas, además, algunas otras intervenciones. ¿Y en las demás plegarias eucarísticas? ¿Habría que incluir más intervenciones? Ciertamente que en más de una ocasión pueden ser interesantes, siempre que sean intervenciones breves, aclamaciones que subrayen momentos de plegaria y que no rompan el ritmo (por ejemplo el domingo de Pentecostés puede ser interesante cantar, después de la epiclesis, una breve invocación al Espíritu Santo). Pero tampoco hay que pretender introducir siempre este tipo de aclamaciones.

El paso de la preparación a la plegaria eucarística

— Tras la preparación de las ofrendas y la oración sobre las mismas sigue el diálogo inicial de la plegaria eucarística, el diálogo del prefacio. Es necesario que entre una cosa y otra haya como un punto y aparte, una

pausa de silencio. Y es necesario, también, que no se inicie el diálogo sin tener preparados todos los registros necesarios del misal: especialmente, conviene que esté señalada la página del prefacio (no puede haber nada que desdiga tanto la importancia de la plegaria eucarística que ver cómo durante el diálogo que inicia el presidente, éste no “dialoga” sino que busca arriba y abajo del misal).

Antes del diálogo del prefacio, es aconsejable habitualmente hacer una pequeña monición que ayude a situar lo que sigue: una monición que, sin pretender explicar grandes cosas, sea como un toque de atención a los asistentes: después de escuchar la Palabra, y una vez preparada la mesa, llegamos al momento central de nuestra asamblea, la acción de gracias. Lo normal será que esta monición la haga el presidente: mirando a la asamblea y con sentido de comunión o invitación. Y después, de manera más declamatoria, de invitación más ritual, se inicia el diálogo del prefacio.

Prefacio

— El prefacio es el inicio de la plegaria eucarística, un inicio en el que el sentido eucarístico (= de acción de gracias) tiene máximo relieve. La manera de proclamarlo debería responder, por tanto, a este sentido.

En muchos sitios (más en el extranjero que entre nosotros) se ha ido introduciendo la costumbre de cantar todos los domingos (sobre todo en las misas más concurridas) el diálogo inicial del prefacio o bien todo el prefacio entero. Esta costumbre debería propagarse. Por lo menos procurar cantarlo en las grandes fiestas (si en las grandes fiestas, en que se canta tanto, no se canta el inicio de la plegaria eucarística, el esquema de la misa queda desequilibrado).

— En los domingos de los tiempos fuertes y en las fiestas hay prefacios propios asignados, y conviene decirlos (excepto algún día en que se crea mejor recitar la plegaria eucarística IV con su prefacio, o la de la reconciliación). Por el contrario, los domingos del tiempo ordinario, el prefacio se escoge entre los ocho prefacios dominicales (lo que no significa que se deba recitar uno distinto cada domingo, sino que pueden escogerse según parezcan más adecuados o más comprensibles). También, en estos domingos del tiempo ordinario, puede ser útil decir algún otro prefacio según el sentido de las lecturas o de la celebración en general: por ejemplo, los de la Eucaristía (págs. 472-474), el segundo de Apóstoles (pág. 487, el primero tiene un tono demasiado directo de fiesta de apóstoles), el del Sagrado Corazón (pág. 402), el de la Santa Cruz (p. 710), el primero de Pasión (pág. 450), el segundo, tercero o cuarto de difuntos (págs. 503-505), e incluso alguno de los comunes.

— Si el grupo que celebra la eucaristía es pequeño, después del diálogo inicial podrían introducirse quizás motivos más concretos de acción de

gracias, que el presidente enlazará entonces con la acción de gracias general del prefacio.

Sanctus

— Es la unión de la asamblea en la aclamación y la acción de gracias... Nunca debería dejar de cantarse. En este canto, según las posibilidades de cada asamblea, tendrían que entrar en juego toda la capacidad festiva y musical (aquí los instrumentos de percusión tienen un buen papel). Y no se debe sustituir esta canto por ningún otro.

La transición y la epiclesis

— Más o menos largo, después del sanctus y antes de la invocación al Espíritu Santo hay un momento de transición. El tono será ya más contenido, menos declamatorio.

— Y se llega a la epiclesis, la invocación del Espíritu Santo, que se hace con las manos extendidas sobre la oblata. En un recuadro adjunto ya hemos hablado de la disposición de los elementos sobre el altar para que

¿HAY QUE ARRODILLARSE EN LA CONSAGRACION?

El número 21 de la Ordenación general del Misal romano dice, ciertamente, que los fieles “estarán de rodillas durante la consagración”. Pero ahí mismo incluye motivos para no hacerlo y antes precisa: “a no ser que se diga lo contrario”. Más aún; recuerda que lo más importante es “la postura uniforme” como signo de comunidad, y que los fieles sigan las instrucciones que den “el diácono o el sacerdote u otro ministro”.

En realidad, las costumbres son distintas según los países. Entre nosotros se ha ido extendiendo la de permanecer en pie durante toda la plegaria eucarística y, por tanto, también durante la consagración. No sin que algunos se opongan severamente. Quisiéramos decir que no debería convertirse esa cuestión en un “casus belli” que divida. El quedarse en pie destaca que toda la plegaria eucarística tiene una unidad que la consagración no rompe. Con todo, si se permanece en pie, el celebrante —con la voz, gestos, etc., como decimos en el adjunto comentario— debe destacar la importancia del momento.

Pero convendrá también respetar la voluntad de aquellos fieles que se quieran arrodillar. Quizás, en alguna ocasión, se podría explicar que no necesariamente arrodillarse es más respetuoso que quedarse de pie. Porque, si se hace por veneración al Cuerpo y Sangre del Señor, habría que permanecer arrodillado hasta la comunión..., y esto las normas del Misal tampoco lo autorizan.

¿PARTIR EL PAN DURANTE EL RELATO DE LA CENA?

No parece justificable que, durante el relato de la Cena y en las palabras que dicen "lo partió y lo dio...", se parta la hostia en dos trozos.

El gesto, ciertamente, produce un cierto efecto y parece dar un poco más de intensidad al momento. Pero, bien mirado, es una intensidad ficticia. La liturgia de la Eucaristía, en efecto, es un desarrollo de elementos que progresivamente realizan el memorial de Jesucristo y la participación de los creyentes en él. Y no hay ningún momento de esta liturgia que sea la "reproducción" de lo que Jesús hizo, como si esta reproducción tuviera alguna clase de efectos mágicos. Es toda la Eucaristía la que desarrolla de un modo no mecánico lo que Jesús hizo.

Porque si hiciera falta "reproducirlo", no sólo habría que partir el pan durante el relato de la cena, sino que también habría que distribuirlo allí mismo... Y de hecho, los cuatro pasos que el evangelio dice que Jesús realizó, se distribuyen como hemos dicho al principio de este apartado: Tomar el pan (preparación de ofrendas), hacer la acción de gracias (pregaria eucarística que incluye el memorial), partir el pan (fracción), y repartirlo (comunión).

Además añadiríamos otra observación importante. Y es que "partir el pan" no quiere decir "hacer dos trozos", sino partirlo para ser distribuido entre la asamblea entera. De manera que si uno quisiera reproducir realmente lo que las palabras dicen, durante el relato de la cena tendría que coger un pan mayor y hacer los trozos necesarios para la comunión. Porque ahora, cuando se parte el pan en este momento, no se parte el pan en el sentido que los evangelios dicen, sino en un sentido más "sacrificial" (partir el pan en dos trozos evoca a Jesucristo partido y entregado) que comunitario (el pan que se distribuye para todos), que es el sentido evangélico y que sería necesario recuperar en el momento de la fracción.

este gesto pueda ser significativo. En todo caso, hay que asegurar que se vea verdaderamente como un gesto de imposición de manos, a través del cual entra por los ojos la invocación al Espíritu. En los lugares donde aún es costumbre arrodillarse en este momento, es necesario esperar que todos lo estén, para que oigan las palabras de la invocación.

El relato de la cena

-- No es un momento separado de la plegaria eucarística (como antes, que de la plegaria sólo se valoraba este momento de la "consagración" y se le hacía totalmente diferente de los demás, con un carácter casi mágico), pero es un momento central, al cual hay que dar el relieve que se merece.

Recordando y repitiendo el gesto y las palabras de Jesús en la última cena, los gestos y las palabras tendrán un cariz más pausado, y se realizarán

por parte del presidente y por parte de la asamblea unos signos de unión con el acontecimiento. A veces podrá cantarse en tono recitativo, o melodía muy sencilla (en la concelebración, si se canta, los concelebrantes podrán unirse; si no, dirán las palabras en secreto).

— El presidente dice las palabras de Jesús sobre el pan, y lo muestra a la asamblea; a continuación hace lo mismo con el cáliz. Se trata de mostrar, no de realizar un acto de ofrenda (como será después el "Por Cristo"). Por ello, ahora que la misa se dice de cara al pueblo, esta mostración no consistirá en levantar el pan o el cáliz muy arriba —la antigua "elevación"—, sino que será más sencillo: por ejemplo, mantener en silencio unos momentos el pan o el cáliz levantados tal como se han tenido durante las palabras de la institución.

— El presidente subraya el misterio que se celebra arrodillándose después de mostrar el pan y el cáliz. Si hay concelebrantes, hacen inclinación. A veces, se inciensa o se hacen oír campanillas. La asamblea mantiene un silencio atento.

— Quizás, para valorar más el momento, se podría sugerir a la asamblea hacer una inclinación como la que hacen los concelebrantes.

— La asamblea subraya este momento con la aclamación del memorial, aclamación que recuerda el misterio de muerte y resurrección que contiene la Eucaristía, y la espera escatológica. No tendría sentido, evidentemente sustituir esta aclamación por otro canto que no incluyera estos elementos. Sí conviene, en cambio, usar las tres posibilidades que pone el misal, y no quedarse sólo con la primera. Y siempre será deseable que esta aclamación sea cantada.

Anámnesis, segunda epiclesis, intercesiones

— La plegaria eucarística prosigue con la anámnesis, la segunda invocación del Espíritu, y las intercesiones (que en la plegaria eucarística ya han aparecido también antes del relato de la cena). La anámnesis requiere un tono de proclamación de aquello que la Eucaristía celebra, el memorial de Jesucristo, y por tanto se deberá proclamar solemnemente, como también la invocación del Espíritu, en que el tono empezará a bajar hasta las intercesiones que tienen un tono más de petición sencilla que no de proclamación.

Doxología

— El ritmo de la plegaria eucarística conduce hasta esta proclamación trinitaria final, culminada en el Amén de toda la asamblea. La aclamación invita a ser cantada, y el Amén de la asamblea tendría que ser intenso, y lo suficientemente largo o repetido como para resultar significativo. Du-

rante la doxología se levantan como en ofrenda, como acto de exaltación conclusiva, las cestas del pan y el cáliz (o cálices) con el vino. Y no se dejan sobre el altar hasta que no se ha terminado totalmente el Amén de la asamblea.

— El tono de aclamación conclusiva de la doxología ha provocado que en bastantes lugares la asamblea entera se una para decirlo junto con el celebrante. No es ninguna cuestión decisiva que deba provocar conflictos. No parece oportuno fomentar esta costumbre pero también sería excesivo oponerse a ella como si fuera una grave incorrección litúrgica. Lo que sí debe subrayarse y expresarse es que, propiamente la adhesión de la asamblea se realiza con el Amén largo y aclamativo. Al que, por tanto, habrá que dar siempre relieve. Especialmente en las solemnidades convendrá cantarlo repetidamente, con la máxima expresividad.

LA COMUNION

EL SENTIDO

— *Toda la celebración eucarística conduce hacia este último momento: participar de la mesa preparada, alimentarse del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Es el banquete pascual, al que está invitada toda la Iglesia.*

— *Tres ritos preparan y conducen a esta participación en el banquete: el padrenuestro, el gesto de la paz, la fracción del pan. Con los tres se resaltan de modo especial dos de los aspectos más decisivos de la comunión: el anhelo escatológico del Reino de Dios en el que participamos sacramentalmente, y la comunión mutua entre los cristianos que la Eucaristía significa y realiza.*

— *El padrenuestro, la plegaria del Señor, la plegaria de los hijos al Padre, retoma, por una parte, todo el sentido de la plegaria eucarística, convirtiendo en petición lo que la Eucaristía actualiza y hace presente. Y por otra, manifiesta el anhelo de todo lo que se nos dará sacramentalmente en la comunión: el pan de este mundo y el pan de vida, el Reino, el perdón de Dios, la capacidad de perdonarnos mutuamente, la liberación del mal. La recitación o canto del padrenuestro enlaza con una plegaria o embolismo que amplía alguna de las peticiones y se termina con una antigua aclamación, recuperada por la reforma litúrgica y frecuente también en la liturgia de otras confesiones cristianas.*

— *El gesto de la paz ha sido también recuperado, para toda la asamblea, después de la reforma litúrgica. Este gesto, que en otros tiempos se había situado al terminar la liturgia de la Palabra, tiene un sentido profundo y comprometedor; no es sólo "un momento simpático". Es un momento simpático a condición de que se entienda que, al hacerlo, uno acepta el compromiso de trabajar por la comunión y la reconciliación con los her-*

manos, como necesidad ineludible para participar honestamente en la mesa del Señor (cf. Mt 5,23-24). Por ello el gesto se introduce con una plegaria llena de realismo en que se reconoce la infidelidad de los creyentes y su necesidad del don salvador de Dios, el don que es el mismo Jesucristo (“El será la paz”, anuncia Mi 5,4 y recoge Ef 2,14).

En un mundo dividido (ricos y pobres, derechas e izquierdas, blancos y negros...), y en una Iglesia que vive en su interior también estas mismas divisiones, hacer el gesto de paz no tiene sólo un sentido de reconciliación individual, sino también colectivo: afirmamos que estas divisiones serán superadas, afirmamos que sacramentalmente ya lo están, y afirmamos que queremos luchar para que se superen (es decir, luchar para que haya igualdad en la sociedad y en la Iglesia, para que no haya enemistades por razón de raza o cultura, etc.).

La fracción del pan es un momento que debería ser especialmente expresivo y que habitualmente no lo es. Con lo cual se pierde una posibilidad simbólica dentro de la celebración. Como se sabe, ya en el mismo Nuevo Testamento toda la celebración eucarística era conocida con el nombre de “fracción del pan”. Y en las catacumbas se encuentran pinturas en que la Eucaristía está representada mediante un sacerdote que parte el pan rodeado de los demás miembros de la asamblea.

El sentido del gesto es suficientemente claro y por ello valdría la pena potenciarlo: del único pan que es Jesucristo, participa toda la asamblea, de manera que toda la asamblea no es ya una yuxtaposición de personas aisladas, sino una comunidad que participa del mismo alimento, Jesucristo.

Mientras se hace la fracción, se canta el Cordero de Dios, que es un canto litanico en el cual la idea de “Jesucristo, pan partido” pasa a “Jesucristo, partido y entregado a la muerte por nosotros”.

— Después de estos ritos de preparación, llegamos al momento de la comunión. Procesionalmente, la asamblea se acerca a la mesa y el presidente de la celebración y sus ayudantes distribuyen el pan y el vino, en nombre de Jesucristo. Este camino de acercamiento a la mesa estará normalmente acompañado de un canto o de música. Durante o después de la comunión convendría también dejar un espacio más o menos amplio de oración personal. Y todo este rito se concluirá con la oración después de la comunión.

PASO A PASO

El padrenuestro

— Después del Amén final de la plegaria eucarística, es necesario hacer una pausa. Se deja el pan y el cáliz sobre el altar, se pasa la hoja del misal, se respira, se mira a la gente, y se inician los ritos de comunión. Estas pausas entre rito y rito son decisivas para que la celebración tenga un ritmo suficientemente tranquilo y no sea un amontonamiento indiscriminado de ritos y palabras.

— El padrenuestro se introduce con una invitación a la oración por parte del presidente. Esta invitación ha de ser sencilla, con tono de verdadera invitación, y puede recoger alguna idea del día o del tiempo, brevemente expresada, o hacer referencia también a la comunión. Esta invitación tiene una formulación típica y tradicional (“Fieles a la recomendación del Salvador...”), que termina con el “nos atrevemos a decir”, indicativo de que dirigirse a Dios con el nombre de Padre es una posibilidad que se nos da por gracia de Jesucristo.

— La recitación del padrenuestro debería conseguir la máxima expresividad, según el estilo de cada asamblea. Hay que procurar, por tanto, una buena recitación, con las pausas necesarias. Puede recitarse también con música de fondo. O cantarlo. También puede ser útil emplear alguna vez la alternancia entre presidente y asamblea: el presidente canta cada una de las invocaciones y el pueblo responde Amén. Finalmente, tiene interés la costumbre que se ha introducido en algunos lugares de mantener toda la asamblea las manos levantadas mientras se recita o canta la plegaria. O alternar, allí donde ello resulte natural y no forzado, algunos días el gesto de las manos levantadas y otros el gesto de tener las manos cogidas (la invocación al Padre, la comunión con los hermanos).

— Como una ampliación del padrenuestro, el presidente prosigue con el embolismo “Líbranos, Señor”, al que responde la asamblea con la aclamación “Tuyo es el reino...”. Si se ha cantado el padrenuestro, convendría cantar también esta aclamación.

Gesto de paz

— El presidente recita la plegaria “Señor Jesucristo” que introduce el gesto de paz. Esta es una de las plegarias de la misa que podrían ser variadas en determinadas circunstancias o tiempos, haciendo referencia a otras frases del mismo Jesús sobre la paz y la reconciliación (por ejemplo, el día de Pascua: “Señor Jesús, que aquella mañana de Pascua diste la paz y el Espíritu Santo a los discípulos, no mires...”).

— Después el presidente desea la paz a los fieles y el diácono (si lo hay) o el mismo presidente los invita a realizar el gesto de la paz. Esta invitación

EL CORDERO DE DIOS Y EL CANTO DE PAZ

El gesto de paz y la fracción del pan giran en torno a una idea común: la unión y la comunión vital entre aquellos que participan de la comunión eucarística; la unión y la comunión vital que realiza Jesucristo, y que se realizará de una manera especial a través del sacramento que todos compartirán.

Acabado el gesto de paz y durante la fracción, se canta un antiguo canto litánico: el Cordero de Dios. Este es un canto repetitivo, meditativo. La manera mejor de realizar este canto sería que un solista repita: "Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo" y la asamblea responda: "ten piedad de nosotros". Y ello, tantas veces como sea necesario, mientras dure la fracción (se supone, por tanto, que hay mucho pan a partir y que la fracción es un poco larga). Y cuando la fracción se termina, se dice la última respuesta: "danos la paz".

Es un estilo de canto no muy habitual entre nosotros, de estilo oriental. Pero precisamente por este hecho, por su variedad respecto a los demás cantos, valdría la pena mantenerlo en su estilo original de letanía repetitiva y meditativa. Ello exige superar la rutina de las tres veces, y la costumbre de hacerlo todos los días (dejando, pues, su parte al solista). Si parece demasiado complicado el cantarlo más de tres veces, al menos convendría mantener la parte correspondiente al solista y la parte correspondiente a la asamblea.

El problema de este canto es que no expresa directamente la idea básica de unión y comunión que este momento tiene: se centra más, en efecto, en el tema de Jesucristo partido y entregado por nosotros que en el de Jesucristo pan que se nos parte y reparte para unirnos en comunión de Iglesia. Por ello se han ido introduciendo, como un sustitutivo, los llamados cantos de paz.

Esta sustitución presenta dos problemas. Por un lado, no parece conveniente desechar un canto propio y peculiar como el Cordero de Dios (especialmente si se canta en su forma litánica y repetitiva), que se sale del estilo más común y típico de los cantos habituales, y que da variedad y buen contenido. Y por otro, que muchos "cantos de paz" tienen un tono de cantos populares, que encaja muy bien en una fiesta popular pero que en la mayoría de celebraciones resulta bastante ficticio, y quizás también con muy poca referencia cristiana directa (los cantos dicen que estamos o hemos de estar unidos, pero dicen poco que es Jesucristo quien realiza esta unión). ¿Qué podemos hacer? Por un lado debería mantenerse el Cordero de Dios (sobre todo en su forma auténtica) en un buen número de domingos (por ejemplo, los de Adviento y Cuaresma y algunos del tiempo ordinario). Por otro procurar que los cantos de paz que se canten tengan consistencia cristiana y correspondan realmente al tipo de asamblea que los canta.

puede contener una monición remarcando el sentido especial que este gesto pueda tener en alguna ocasión determinada o en algún día en que se le quiera dar especial relieve. En este caso como en otros, en efecto, tiene interés señalar el sentido de determinado acto o rito, para que no se convierta en algo rutinario (pero sólo de vez en cuando, y de forma breve y moderada).

— La asamblea realiza el gesto de la paz. Es un momento de cordialidad. Este gesto puede efectuarse de muchas maneras, según las costumbres del lugar, según el tono y el relieve de la celebración, etc. El gesto de paz puede consistir en una mirada, un darse las manos, un beso, etc. Puede incluir las palabras rituales ("La paz esté contigo", o "La paz de Cristo"), o no incluirlas. Normalmente el gesto se realizará con los vecinos más próximos, pero según el clima de la celebración puede ampliarse a más gente. Cada tipo de celebración tiene su estilo más adecuado de gesto de paz. Y cada estilo de gesto de paz tiene unas connotaciones espirituales propias que van desde la celebración de tono discreto y circunspecto, a la celebración en que es necesario romper el hieratismo con un gesto de paz amplio y participado entre mucha gente. En la mayoría de casos, además, seguramente resultará adecuado que el presidente baje del presbiterio y dé la paz a alguno de los fieles (que en determinadas celebraciones podrán ser algunos fieles concretos: los novios y sus padres en una boda, los niños que hacen la primera comunión, un grupo que asiste significativamente a la celebración, etc.).

— Se ha extendido la costumbre de cantar en este momento un canto de paz. En todo caso, este canto hay que empezarlo una vez se haya realizado el gesto de la paz (de lo contrario, es una complicación cantar y realizar al mismo tiempo el gesto). No es conveniente, sin embargo, que este canto sustituya siempre al Cordero de Dios (ver recuadro adjunto).

La fracción del pan

— Seguidamente tiene lugar la fracción del pan. Como ya hemos dicho, es una lástima que este rito haya llegado a ser insignificante, porque partir una hostia no da ninguna sensación de que se parte el pan del cual todos han de participar. Sería necesario, pues, buscar las formas de dar relieve a este momento: si no se pueden emplear unos panes más visibles y partibles, como mínimo sería necesario asegurar siempre unas cuantas hostias grandes, y no sólo una. (E incluso, si se hace con una sola, al menos se tendrían que hacer cuatro trozos y que el celebrante sumiera una y pusiera las tres restantes entre las hostias que se reparten a los fieles).

— Dentro del proceso de degradación de este rito, existe también la cuestión del momento de hacerlo. Porque muchas veces se hace mientras los fieles se dan la paz, de manera que nadie está atento a lo que se realiza en

el altar. Es necesario hacerlo, pues, una vez terminado el gesto de la paz, y mientras se canta el Cordero de Dios o el canto de paz que lo sustituye.

— En el ámbito de la fracción del pan, sería también el momento de la distribución del pan y el vino de las cestas y cálices (ver lo que se dice en la página 54 a propósito de las celebraciones muy numerosas).

— También es este el momento en que han de subir al altar los ministros o ayudantes que repartirán la comunión (y no después del “Señor, yo no soy digno”). Y además, si por los motivos que sea está previsto usar la reserva del sagrario, es ahora el momento de traerla.

— Vinculado con la fracción del pan, se mantiene el pequeño rito de poner en el cáliz una partícula de pan. El origen de este rito es, según parece, una costumbre antigua de comunión con el obispo: en todas las iglesias se ponía en el cáliz una partícula del pan consagrado en la misa del obispo.

— Finalmente, para este momento, el misal prevé dos oraciones —alternativas— privadas del sacerdote. Como oraciones privadas que son, se han de decir totalmente en secreto (y, si las circunstancias lo aconsejan, quizá omitirlas).

Comunión

— Es el momento en que la celebración llega a su objetivo final. Es necesario, pues, que los signos ayuden a vivirlo así, como participación plena en todo lo que se ha celebrado. Con una procesión no atropellada que camina hacia la participación en la mesa eucarística, unos ministros que distribuyen adecuadamente el pan y el vino, una actitud digna de los fieles en el momento de recibirlos, un pan que signifique pan, una comunión bajo las dos especies de manera habitual y no excepcional, un canto o una música que acompañen... todo es importante, y quizás más de una vez podría hacerse catequesis de ello en la homilía.

— El celebrante muestra el cuerpo de Cristo a los fieles, los invita a la fe y proclama la bienaventuranza de los llamados a la mesa. La fórmula debe decirse con viveza. Algunos días determinados podrá variarse (pero no convirtiéndola en un pequeño discurso exhortatorio, sino manteniéndola en el tono de fórmula ritual). Algunas veces, también, podrá unirse la antifona de comunión que el misal propone. (Ejemplo, para el V domingo de Pascua: “Yo soy la verdadera vid, vosotros los sarmientos —dice el Señor—; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado...”).

— Acto seguido comulga el celebrante, da la comunión a los ministros, les entrega las cestas y los cálices, y van todos al respectivo lugar de distribución de la comunión. Todo esto no debe hacerse de cualquier mane-

ra, improvisadamente, como si así la celebración ganara en “espontaneidad” o en “espíritu comunitario”. Precisamente el espíritu comunitario se manifestará en la atención colectiva al pan y al vino que vienen de Jesucristo y serán distribuidos para que la asamblea quede consolidada por lo único que la consolida, la fuerza del Señor. Tampoco se trata, claro está, de actuar con rigidez y envaramiento: la naturalidad y cordialidad no están reñidas con la seriedad. No quiere decir tampoco que en todas las celebraciones todo tenga que ser igual: unas serán más ágiles, otras más lentas; unas más cordiales, otras más solemnes...

— Debería eliminarse la costumbre del self-service aplicado a la comunión (es decir: la costumbre de dejar las cestas del pan y los cálices sobre el altar para que cada uno vaya a tomarlo). Esta práctica acostumbra a defenderse diciendo que así se manifiesta que “todos somos iguales”. Y en cambio lo que así se manifiesta en realidad es que somos todos muy individualistas... cada uno se sirve a sí mismo, y listos. Por el contrario, la distribución por parte de unos ministros señala, por un lado, que el don

LA COMUNION EN LA BOCA

Según la actual normativa, tan aceptable es recibir la comunión en la mano como en la boca. Hasta no hace mucho, la única recepción posible era en la boca (al contrario de los primeros tiempos, en que no se conocía este tipo de recepción).

A pesar de todo ello, creemos que (sin forzar, evidentemente) sería útil hacer campaña para que los fieles reciban la comunión en la mano. Parece, en efecto, mucho más adecuado desde todos los puntos de vista. Por un lado, están los motivos higiénicos. Pero sobre todo están los motivos de signo: para mostrar que somos personas adultas que recibimos con respecto la cena del Señor, nada mejor que poner la mano como hemos dicho antes, mejor que sacar la lengua de una manera que bien mirado resulta algo grotesco.

Por otra parte, habría que explicar a los niños que hacen la primera comunión, que la comunión se reciba en la mano, y no decirles que se recibe “en la mano o en la boca”. Porque resulta que lo de la boca, como es algo curioso y extraño que ven en la gente mayor, les hace a veces más gracia y quieren hacerlo también ellos. En todo caso, pues, hay que explicarles que la comunión en la boca es una costumbre que existía antes, y que a la gente normal no se le pone la comida en la boca.

Y además, repitiendo lo que decíamos en el texto, hay que evitar que cuando se comulga con las dos especies, sea el ministro quien moje el pan y lo ponga en la boca: ha de ser siempre el comulgante, quien haga esto.

Recordemos, finalmente, que los motivos de respeto para defender la comunión en la boca no tienen consistencia. ¿Por qué la lengua ha de ser más “digna” que la mano?

no “nos lo damos”, sino que nos lo dan; y por otro, que la mesa de la que participamos es una mesa servida para todos, y no servida por cada uno para sí mismo. (Téngase en cuenta, no obstante, que puede haber casos particulares: cuando la cesta del pan pasa de unos a otros en un grupo reducido, o cuando las limitaciones de espacio lo aconsejan).

La procesión de comunión debe ser digna y no desordenada, de manera que uno pueda sentirse caminando acompañado de los demás hacia la participación en el alimento que el Señor nos ofrece. Quizás algún día convendría dedicar la homilía a esta cuestión y explicar que la procesión de comunión no es un momento neutro durante el cual uno está como en la cola del autobús, sino que ayuda a despertar los propios sentimientos de participación en un acontecimiento importante.

— Durante esta procesión normalmente será oportuno cantar un canto que ayude (un canto que podrá ser “de comunión” en general o hacer referencia más directamente al tiempo litúrgico; un canto de acompañamiento en que se alterne un coro o un solista con toda la asamblea, mejor que un himno masivo y vibrante). No necesariamente hay que cantar todo el rato de la procesión: son también adecuados los espacios intermedios de silencio (acompañados de música a ser posible), que permitan momentos de recogimiento personal.

— Cuando cada uno de los fieles llega ante el ministro correspondiente, pone la mano (la mejor manera es poner una mano sobre la otra), y recibe el pan, y, separándose un poco de la fila para permitir pasar al siguiente, lo sume antes de volver al lugar. Antes de depositar el pan en cada uno de los fieles, el ministro lo muestra diciendo: “El cuerpo de Cristo”; y cada uno afirma “Amén”, como un acto de fe.

Para dar todo su valor a este momento, es necesario evitar toda clase de costumbres extrañas: por ejemplo, coger el pan al vuelo con dos dedos, o sumirlo despreocupadamente mientras se vuelve hacia el propio lugar. Estas costumbres, en efecto, dificultan vivir personalmente con relieve el hecho de participar de la mesa del Señor, y lo vulgarizan. Ciertamente no se trata de “reñir” a quienes así lo hagan, sino de ayudar a realizar debidamente este acto de la comunión a través de sencillas catequesis o advertencias en los momentos oportunos (homilía, catequesis de niños, etc.).

— A continuación, cuando se reparte la comunión con las dos especies, los fieles se dirigen hacia el ministro que sostiene el cáliz. Este se lo muestra diciendo: “La sangre de Cristo”; el fiel responde “Amén”, y bebe.

— En principio no es recomendable la comunión por intinción, o sea mojando el pan en el vino (porque Jesús no dijo: “Tomad, mojad y comed”, sino “Tomad y comed; tomad y bebed”, de manera que el hecho de mojar es muy poco fiel a los signos de la Eucaristía; léase sobre esta cuestión, el artículo de R. Kaczynski “Valentía para la comunión con el cáliz”, en *Phase* 129 (1982) 226-230). De todos modos, si por razones

“técnicas” resulta muy difícil que todos beban, puede hacerse la comunión por intinción. En este caso, no obstante, es necesario que quien moje sea el comulgante y no el ministro: en efecto, dar en la mano el trozo de pan mojado (y más si se trata de una hostia como es habitual) resulta difícil y complicado, y obligar a todos a que reciban la comunión en la boca para evitar esta complicación es aún peor. En cualquier caso convendrá dejar libertad para uno u otro modo de comunión con el cáliz.

— Terminada la procesión, y antes de dejar el lugar desde donde se ha distribuido la comunión (o quizás desde el altar) se puede dar el pan a aquellos que tendrán que llevarlo a los enfermos una vez terminada la misa.

Al terminar la comunión

— Terminada la comunión, todos se sientan y se hacen unos momentos de silencio. Un espacio de oración personal y de relajación después de la intensidad de la comunión. Un espacio que puede estar acompañado de música de fondo. La duración de este espacio dependerá del tipo de asamblea y del ritmo de toda la celebración: puede haber asambleas aptas para largos espacios de silencio y otras que no; si durante la comunión se ha cantado muy poco o se ha hecho silencio, este espacio tendría que ser muy breve; si el ritmo de la celebración es muy vivo y el canto de comunión se alarga una vez se ha terminado la comunión, quizás sería mejor no hacer silencio y enlazar ya la postcomunión y los ritos finales manteniendo el tono vivo... En todo caso, hay que tener muy presente que si este espacio se alarga excesivamente la asamblea se siente incómoda y se perjudica el ritmo de la celebración.

— Entretanto los ministros retiran las cestas y los cálices dejando limpio el altar. En la credencia se purifican (aunque es mejor hacerlo después en la sacristía). En todo caso, lo que no debe hacerse nunca es purificarlos en el altar (como si fuera una preparación de las ofrendas pero al revés; preparar la mesa es un acto significativo; quitarla y limpiar los platos es un acto que se hace discretamente...).

— En algunos lugares se prefiere repartir la comunión en silencio o con música de fondo y cantar después. Es también una posibilidad a tener en cuenta. Será necesario entonces que este canto no sea de acompañamiento de la procesión, sino de un estilo más tendente a himno, para expresar colectivamente (todos juntos o con estrofas alternadas) la acción de gracias.

— El rito de comunión se termina con la poscomunión, la oración después de la comunión. Se dice con la asamblea puesta en pie (se levantan cuando lo haga el presidente o cuando diga la monición “Oremos”). Puede decirse desde el altar (porque forma parte aún del rito de comunión) o

desde la sede (para enlazar ya con los ritos finales). Como la oración colecta, también aquí la monición inicial "oremos" puede ampliarse un poco: "Oremos dando gracias", "Oremos antes de separarnos", "Oremos para que continúe en nosotros el fruto del alimento que hemos recibido". Después de la monición conviene hacer una pequeña pausa, y se recita la oración (que algunas veces puede ser glosada añadiendo alguna de las ideas que han recorrido la celebración y que no están expresadas), a la que responde la asamblea con el Amén. El sentido de la oración pos-comunión es, siempre y de diferentes maneras, recordar agradecidamente el alimento recibido, y pedir que su acción continúe en nosotros.

RITO DE CONCLUSION

EL SENTIDO

— *Es un momento breve y sencillo, pero también un momento intenso: la asamblea reunida se dispersa, el celebrante invoca sobre ella la fuerza y la bendición de Dios para que lo que se ha celebrado continúe en ella, la asamblea se dispone a continuar la fiesta del domingo y la vida cotidiana habitual con la gracia y la paz del Señor...*

— *No es un momento, pues, para realizarlo estereotipada y rutinariamente. La brevedad no quiere decir precipitación. Y el hecho de que haya quien se marche antes de haber concluido, no ha de llevar al celebrante a terminar por la vida rápida. Es necesario dar la dignidad que se merece el final de una cosa importante, al mismo tiempo que la cordialidad y sencillez de algo vivido en comunidad. Dignidad, cordialidad y sencillez que dependen (y aquí quizás más que en cualquiera de los otros momentos de la celebración) del tipo de asamblea, del tipo de celebración y de celebrante.*

— *No es este un momento para resumir e insistir en las ideas que el celebrante ha querido transmitir a lo largo de la celebración (como si lo más importante de la celebración fuera que la gente salga "instruida" sobre tal o cual aspecto de la vida cristiana). Si parece oportuno recoger alguna idea de la celebración, siempre será con un tono sencillo, cordial, animador. Y breve.*

Avisos

— Antes de la bendición es el momento oportuno para hacer algún aviso, si ello es necesario. Normalmente los avisos los hará el presidente, de una manera sencilla, que enlace con la despedida que viene a continuación, y no como una simple lectura mecánica. También puede hacer alguna observación el encargado de determinado servicio parroquial que tenga que comunicar algo a toda la comunidad.

— En algunas ocasiones (no muchas), algún acontecimiento concreto o alguna campaña que esté en marcha pedirán dentro de la celebración un pequeño espacio para informar y explicar. Este momento final es, probablemente, el más adecuado. Si la explicación debe ser larga, conviene hacer sentar a la gente (o quizás hacerlo antes de la poscomunión, cuando la gente está aún sentada), y leer o explicar con cierto atractivo (incluso pensar alguna técnica que no sea sólo un individuo quien hable).

La bendición

— Es el acto central de la despedida, al que debe darse el suficiente relieve: conviene que el celebrante diga las palabras con lentitud y haga el gesto de la cruz con solemnidad, de manera que la asamblea se sienta enviada a continuar cada día aquello que aquí se ha celebrado, con la fuerza de la Trinidad. (Algunos celebrantes tienen la costumbre de santiguarse ellos en lugar de hacer el gesto de la cruz sobre la asamblea: evidentemente así el momento pierde mucha fuerza).

— Para dar relieve a la bendición, y recogiendo una tradición muy antigua, el misal prevé las “bendiciones solemnes” y las “oraciones sobre el pueblo” (pág. 557 y 573). Vale la pena aprovecharlas. (A pesar que ello exige tener que llevar el misal del altar a la sede, y hacer el gesto de extender las manos sobre la asamblea, que es la manera normal de recitar estos textos).

Las bendiciones consisten en tres invocaciones a las cuales la asamblea responde “Amén”, y terminan con la fórmula trinitaria de bendición. El problema es que la gente no sabe cuándo ha de responder el “Amén”, porque no hay ningún final que lo indique. Si se canta, este problema queda resuelto. Si no se canta, quizás tampoco habría que insistir demasiado en que se diga la respuesta. El misal propone fórmulas de bendición solemne para todos los tiempos litúrgicos (excepto para la Cuaresma), para los domingos ordinarios y para algunas fiestas. Algunas de estas fórmulas tienen más sentido que otras, y no hay ningún inconveniente que

el celebrante las modifique algo (manteniendo, no obstante, el tono de deseo de bendición, y sin convertirlas en un discurso), o que utilice alguna de las del tiempo ordinario para otros tiempos. Las oraciones sobre el pueblo son unas oraciones que terminan también después con la fórmula trinitaria de bendición; de entre los domingos, su momento más propio para utilizarlas es durante la Cuaresma.

— Otra manera de dar relieve a la bendición es introducirla con una monición de despedida. Una monición que, como hemos dicho antes, no ha de tener por objetivo repetir y resumir la homilía, o dar consignas sino invitar a continuar en la fiesta del domingo y en la vida de cada día aquello que se ha celebrado. Debe ser una monición sencilla y cordial.

La despedida

— Son las palabras finales, que contienen con la máxima sencillez las verdades más definitivas: el deseo de paz, que es el bien escatológico por excelencia, y la respuesta de acción de gracias a Dios por este don (que es acción de gracias por la Eucaristía celebrada).

— Se ha de decir, evidentemente, con tono cordial. Y no está de más añadir alguna frase amable como “feliz domingo” o algo parecido. También, cuando es el día de algún santo común, si no se ha hecho antes de la bendición, ahora se puede felicitar a quienes lo celebren o tengan algún familiar que lo celebre.

El canto final

— El ordenamiento de la misa no prevé ningún canto final. Y de hecho, una vez se ha despedido la asamblea, no parece coherente retenerla un rato más para cantar: ahora sería el momento en que el órgano o una coral acompañaran musicalmente la salida de todos.

— En la mayoría de lugares, sin embargo, se ha introducido la costumbre del canto final. Es una manera de terminar colectiva y festivamente la celebración, y por ello no es tampoco inadecuado, aunque no necesariamente deba hacerse siempre. Normalmente tendría que ser un canto breve, con este tono de aclamación final festiva. Sólo en algunos casos, cuando la celebración ha sido muy vibrante, encajará aquí un canto largo y vivo, ya que la asamblea tendrá ganas de alargar gozosamente con el canto su encuentro.

— Si el canto final es breve, lo mejor es cantarlo después de la bendición, antes de las palabras de despedida, y participar también el celebrante y los ministros. Pero también puede hacerse mientras se van el celebrante y los ministros.

La marcha del celebrante y los ministros

— La marcha del celebrante y los ministros no debe ser algo irrelevante. Normalmente, si es fácil hacerlo, el celebrante besa el altar. Y después, haciendo reverencia con los ministros, se va.

— Una posibilidad —por lo menos para algunas solemnidades y lugares— es que el celebrante vaya revestido hasta la puerta del templo y allí salude a los asistentes. En algunos lugares es costumbre hacerlo así siempre y ello facilita el conocimiento entre celebrante y asistentes.

APENDICES

SUGERENCIAS PARA LA MISA DIARIA

Lo dicho en este dossier se refiere habitualmente a la misa dominical o festiva. Añadimos estas sugerencias para la misa diaria. Para ampliar el tema, véase el dossier CPL 21, La misa diaria. Sugerencias y material.

La misa diaria tiene un carácter de cotidianidad, de habitualidad, que conviene mantener: el celebrante y los fieles deben poder participar en la misa diaria con espíritu tranquilo, para escuchar la palabra que se lee continuamente, y para compartir el pan y el vino de Jesucristo. Y al mismo tiempo, la misa diaria debe tener aquellos elementos que se destacan en determinados días, aquellos puntos de mayor sensibilidad en medio del ritmo cotidiano: el celebrante deberá tener esa sensibilidad para despertar el interés de los fieles en la celebración de una fiesta, o con motivo de un fragmento de la lectura continua que encaje especialmente con alguna situación peculiar de la comunidad, o en cualquier otra ocasión. Y todo ello (lo cotidiano y lo peculiar) realizado con atención y calidad.

Algunos elementos a tener en cuenta sobre todo ello pueden ser los siguientes:

1. **El canto.** Si hay suficiente asistencia, convendría que normalmente se cantasen algunos de los cantos más “necesarios” en toda celebración: la antífona del salmo responsorial, el Santo, el Amén de “Per ipsum”, el Cordero de Dios. Y, a partir de ahí, según las posibilidades y el grado de solemnidad de la celebración concreta, se aumentará el número de cantos. Porque, en efecto, es conveniente que en las solemnidades y fiestas, así como en la cincuentena pascual, se cante más que en los demás días. Por tanto, habría que hacer un plan a partir de las posibilidades de canto de la asamblea, y programar el canto según la categoría de los días.

2. **Los silencios y la música.** Normalmente, los fieles que acuden a la misa diaria desean un clima de paz y de oración. Por ello, en las misas diarias hay que facilitar este ambiente con silencios adecuados y, si ello es posible, con momentos de música.

3. **La cordialidad.** El ambiente de las misas diarias puede ser más familiar que en las dominicales, que son más masivas. Por ello, habrá que mantener este clima con detalles de cordialidad. Por ejemplo, mencionando alguna necesidad o alegría que viva alguno de los asistentes (sin convertir, sin embargo, la celebración en una especie de noticiario). O felicitando, en las fiestas de los santos más populares, en el momento de la despedida, a los que llevan aquel nombre o tienen algún familiar que lo lleve.

4. **La "presentación" de la celebración.** Como ya hemos dicho, en algunos días habría que resaltar, en algún momento de los ritos iniciales, algún matiz propio de aquella celebración. Si se trata de una solemnidad o fiesta, habrá que poner de relieve lo que se celebra. Si se trata de una memoria pastoralmente interesante, podrá mencionarse brevemente como monición de entrada o como ampliación del "Oremos" de la colecta. Asimismo, en alguna ocasión podrá mencionarse algún acontecimiento de la vida eclesial o de la vida cotidiana.

5. **El acto penitencial.** Se pueden alternar las varias posibilidades: las invocaciones del "Señor, ten piedad", el "Yo confieso", el canto del "Señor, ten piedad" sin invocaciones, el Kyrie en griego... La alternancia se puede hacer por semanas, o por tiempos litúrgicos, o en alternancia diaria.

6. **Las lecturas.** El seguimiento de la lectura continua es un alimento permanente de la vida cristiana. Conviene, por tanto, ayudar a los fieles en este seguimiento, y ello se logra asegurando que las lecturas se lean de modo adecuado e inteligible, asegurando también el ambiente celebrativo y reflexivo que se expresa especialmente en el salmo responsorial (al cual el pueblo responde con el canto de una antífona o si no es posible con el silencio orante; nunca repitiendo de memoria la antífona del leccionario), y asegurando finalmente aquellas moniciones e introducciones que ayuden a la mejor captación de los distintos libros.

Cuando la lectura continua se interrumpe por la celebración de alguna solemnidad o fiesta, será bueno unir la lectura que no se ha leído con la del día anterior o posterior, si se trata de textos seguidos o fácilmente unibles. Si no puede unirse y se trata de un texto que parezca especialmente importante, puede leerse el día anterior o posterior sustituyendo a la que correspondería en aquel día. En definitiva, el criterio debe ser siempre procurar que el seguimiento de la lectura continua ayude a los fieles del mejor modo posible.

Respecto al salmo responsorial, hemos dicho ya que conviene decirlo

siempre acompañado de una antífona cantada, y que si no puede cantarse, es mejor escucharlo en silencio (porque si se pretende que los fieles memoricen la respuesta del leccionario, es imposible que simultáneamente entren en el clima de oración que el salmo exige). En cuanto al aleluya y el versículo que introduce el evangelio, probablemente lo mejor será suprimirlo en el tiempo ordinario y reservarlo para determinados tiempos y días: cincuentena pascual, solemnidades y fiestas, ferias privilegiadas de Adviento (en las que el versículo recoge las "antífonas de la O").

7. **La homilía.** Conviene que la haya. Pero debería ser una homilía breve, que recoja alguna idea de las lecturas, o que destaque, quizá, algún elemento que ayude a una mejor comprensión del texto. A veces la homilía podrá convertirse más bien en una introducción a las lecturas.

8. **La oración universal.** El libro oficial *La oración de los fieles* ofrece buen número de modelos. También los ofrece el dossier del CPL *La misa diaria*. Y también está la capacidad de cada celebrante para redactar o decir plegarias más directamente relacionadas con las circunstancias del momento y lugar. Y finalmente, según el tipo de comunidad, las misas diarias pueden constituir una buena ocasión para sugerir a los participantes que manifiesten sus intenciones de plegaria (procurando, de todos modos, que no se convierta entonces en una oración de los fieles excesivamente intimista y poco "universal").

Normalmente, sólo en las solemnidades o fiestas la oración universal se inspirará en el santo o misterio que se celebra. Los demás días (tanto si se trata de ferias como de memorias) la oración será común (aunque, si el santo del que se hace memoria tiene un cierto relieve o popularidad, será interesante que su mensaje resuene en alguna intención).

9. **La plegaria eucarística.** En las solemnidades y fiestas el prefacio es propio del santo o misterio. En las ferias y memorias, el prefacio será normalmente común.

En cuanto a la plegaria eucarística, un criterio posible sería el de decir siempre la II, más breve y austera, que se conjuga con el carácter menos solemne que debe tener siempre las misas diarias en contraste con la misa dominical. Otro criterio, en cambio, sería considerar que la misa diaria, por su ambiente más reposado, constituye una buena ocasión para saborear las distintas plegarias eucarísticas, permitiendo que las de más rico contenido (la IV, la de reconciliación) vayan calando en los fieles: en este caso, se trataría de emplearlas todas, según los criterios de alternancia que parezcan más adecuados. Téngase en cuenta, asimismo, que en las fiestas la plegaria eucarística más conveniente puede ser la III, que prevé la mención del santo que se celebra.

10. La comunión. El momento de la comunión puede quedar en silencio o con música de fondo en las misas diarias. Así se crea un ambiente de oración que encaja muy bien con el clima que estas misas tienen habitualmente.

11. La bendición y la despedida. Normalmente, en la misa diaria, la bendición y la despedida serán muy simples, sin exhortaciones y sin canto final. En el tiempo de Cuaresma especialmente, quizá también en el de Pascua, convendrá resaltar la bendición con la oración sobre el pueblo. Y también en las ferias privilegiadas de Adviento, en las octavas de Navidad y Pascua, y en las solemnidades y fiestas, se utilizará, según corresponda, la bendición solemne o la oración sobre el pueblo.

PARA AMPLIAR

Citamos aquí algunos de los materiales del Centro de Pastoral Litúrgica que pueden ser especialmente útiles para una mejor celebración de nuestras misas dominicales:

1. La revista Misa Dominical. Ofrece material de moniciones y plegarias para la celebración, y amplias sugerencias para la homilía y la celebración en general, para todos los domingos y fiestas. Se publica en dos ediciones: una castellana y otra bilingüe castellano-catalán.

2. Dentro de esta misma colección “Dossiers CPL” resultan especialmente recomendables los siguientes:

* Desde una perspectiva más catequética, **Claves para la Eucaristía**, de J. Aldazábal (Dossier CPL 17). Ofrece una presentación catequética de los distintos aspectos de la Eucaristía.

* Desde una perspectiva más teológica y espiritual, **La misa sencillamente**, de R. Cabié (Dossier CPL 63). Para entender y vivir mejor el sentido profundo y actual de la Eucaristía.

* Desde una perspectiva más ritual, **Cómo no decir la misa**, de D. Smolarski (Dossier CPL 41). Repaso pormenorizado, pensando especialmente para el sacerdote presidente, del modo de realizar cada rito.

Asimismo, en esta misma colección se pueden encontrar números dedicados a distintos aspectos de la celebración, así como a cada uno de los tiempos litúrgicos. Al final de este libro se puede ver la lista completa de títulos de la colección.

3. En la colección “Celebrar” son recomendables algunos títulos que de modo sencillo y breve resumen lo básico que conviene saber para preparar adecuadamente la celebración. Son los siguientes:

- * **El lector y el animador**
- * **Como escoger y dirigir los cantos**
- * **Celebrar el año litúrgico.**

4. En la colección “Cuadernos Phase” se han publicado diversos fascículos breves con artículos sobre el domingo, la presidencia de la Eucaristía, el canto, etc., Puede solicitarse el catálogo a la administración del Centro de Pastoral Litúrgica.